

LINGÜÍSTICA E HISTORIA *

Es un hecho comprobable que la Lingüística va encontrando la plenitud de su objeto a medida que se sale de sí misma. Valga la paradoja.

Con estas palabras, que a más de uno habrán llenado de estupor, comenzaba Amado Alonso la reseña que publicó sobre los *Orígenes del español*, titulada «Lingüística e historia», en el ya lejano 1928 en la revista *Humanidades* de la Universidad de La Plata¹, año en que —justo y saludable es recordarlo ahora, en este año jubiloso de 1977 para nuestra lengua y para nuestras letras— el sevillano-malagueño Vicente Aleixandre, el poeta de la ciudad del paraíso, dio a la estampa su primer libro de poemas, *Ambito*, en los suplementos de «Litoral» de Málaga.

Supongo que se me creará si digo que recuerdo todas estas cosas con hondo gozo pues, aparte la devoción poética que profeso al más luminoso de los poetas de nuestra lengua, soy andaluz —malagueño por más señas— y, aunque no lo parezca, aprendiz de historiador de la lengua española. Pero, sobre todo, como ya dijo Dante en el *Convivio* al justificar su decisión de escribir en vulgar, «per lo naturale amore de la propia loquela» (I, X, 5 ss.)².

* El presente trabajo fue leído en la sesión de clausura del VII Simposio celebrado por la Sociedad Española de Lingüística, dedicado a las «Relaciones de la Lingüística con otras Ciencias», y que tuvo lugar en la Universidad de Sevilla entre los días 14-17 de diciembre de 1977. Ahora se ofrece con notas, algunas adiciones bibliográficas y considerables retoques en su parte final.

¹ *Humanidades*, 18, 1928, págs. 29-38.

² Alfredo Schiaffini, «A proposito dello *stile comico* di Dante», en *Italiano antico e moderno*, Milán-Nápoles, 1975, pág. 69.

Al inicio de la redacción de estas líneas he nombrado a Amado Alonso y he citado los *Orígenes del español*. La causa, la publicación de una reseña; pero a nadie se le oculta que hay numerosas razones y motivos científicos y humanos para ligar el nombre del más conspicuo lingüista salido del Centro de Estudios Históricos a la persona y a la obra de Menéndez Pidal. Conviene, por tanto, y antes de entrar en materia, dejar en claro un par de cosas atañaderas a Amado Alonso, al carácter de la reseña y a la obra citada, pues no es casualidad, ni achaque erudito traído por los pelos, el que al hablar de Lingüística y de Historia, haya recordado a este lingüista y esta obra.

Es verdad que la recensión de Alonso no es crítica, ni siquiera del todo informativa del contenido total y de la técnica metodológica practicada en la obra, sino encomiástica, tal vez por el carácter ampliamente humanístico de la revista y no porque no tuviera algo científico que decir respecto de algunos de los resultados o de los planteamientos concretos de algunos de los problemas tratados en la obra, como él mismo indica:

No se me escapa que cuanto hemos dicho de los *Orígenes del español* es más que una crítica, un panegírico. Ni era otro nuestro objeto, ya que no nos proponíamos examinar y discutir algunos de los resultados, sino destacar de dónde parte el último avance de los métodos interpretativos de la Lingüística. Panegíricas son también las reseñas y alusiones en las revistas profesionales (pág. 38).

Pero, en cualquier caso, y prescindiendo del entusiasmo científico que una investigación de esta naturaleza pudo despertar en el momento de su aparición y en los años inmediatamente posteriores, esta obra, todavía hoy, da más motivos para despertar admiración que para fomentar actitudes despectivas. Y, en cualquier caso, la crítica científica está reñida con el desplante compasivo, aunque se hiciera en nombre de la más aguda, cimentada, solvente y más moderna de las teorías y métodos de investigación lingüística y por el más sabio e inteligente de los investigadores.

A nadie puede pasarle inadvertido, mejor aún, para todos nosotros es absolutamente evidente, que entre la actitud de Alonso y la de Peregrín Otero, está la objetivamente científica, la apasionadamente científica, si se me permite la expresión, que salva la persona y el respeto que se ha ganado con su obra. No es este el momento de

discutir la medida en que no lleva razón Peregrín Otero cuando anatematiza en bloque las tesis sostenidas por Menéndez Pidal en sus *Orígenes* al historiar los albores de nuestra lengua («Importa, de todos modos, tener en cuenta que si se acepta ciegamente la interpretación de Menéndez Pidal no parece que sea posible entender a derechas ninguna de las cuestiones capitales»), pero sí de advertir que ni la *boutadè*, ni la ironía hiriente utilizada contra quien ya no va a responder, añaden gloria al autor de páginas tan sugestivas³.

Pero yo no he venido aquí a romper lanzas por quienes no lo necesitan, ni a hacer consideraciones sobre comportamientos, sino a hablar de Lingüística y de Historia.

I. LA NATURALEZA HISTÓRICA DE LA LENGUA

Lo primero que quisiera destacar es que *historia* es palabra polisémica y, por tanto, el título «Lingüística e Historia» se presta a confusión, desligado del contexto que encabeza. El contenido de esta exposición está en los antípodas del de la reseña de Amado Alonso: en ella se habla —exceptuando las páginas dedicadas a exponer un breve resumen de los fundamentos del pensamiento lingüístico positivista e idealista— de la lengua como realidad contingente y de la historia como conjunto de hechos y de condiciones concretas que encauzan y determinan el acontecer; aquí vamos a hablar de «Lingüística» y de «Historia» en su sentido más abstracto: como ciencias que tienen unos objetos de investigación propios y unas metodologías específicas, que se plasman en corrientes y campos de estudio según los intereses científicos de cada época.

La voz *historia* apunta tanto a la realidad objetiva —material y espiritual del pasado— como a la ciencia que la estudia; es decir, es tanto la encarnación del objeto, como la ciencia que lo indaga. Por el contrario, la Lingüística es el nombre de una ciencia, cuyo objeto es la *lengua*, en el sentido más trivial de la palabra. De tal manera, que si nosotros quisiéramos formular encabezamientos precisos que anunciaran sin vaguedad ninguna el contenido del contexto, tendríamos que elegir entre las titulaciones «Lingüística e Historia» o «Lengua y

³ Carlos Peregrín Otero, *Evolución y revolución en romance*, Barcelona, 1976, páginas 84-120; las palabras entrecomilladas se encuentran en la pág. 94.

hechos históricos». Y no es que A. Alonso haya pensado defraudar al lector dándole gato por liebre, sino que se ha limitado a emplear ambas palabras en su acepción usual y menos rigurosa de 'problemas y hechos concretos de una lengua concreta en relación con problemas y hechos históricos concretos'.

Pero si, metodológicamente, era necesario, a mi juicio, tener que hacer las precisiones que anteceden, de mucho más interés es cuestionarse lo que entiende A. Alonso por objeto de la Lingüística. Es evidente que para Alonso, como para cualquiera que se plantee el problema del objeto de nuestra ciencia, sea o no lingüista, el objeto de la Lingüística es la lengua, la lengua que articulamos y con la que nos comunicamos con los demás, la lengua instrumento, realidad experimentable, cuyo uso está sujeto a condicionamientos sociales, culturales y evolutivos. La otra lengua, la lengua de Saussure, es una abstracción, es la lengua de los lingüistas, concepto operativo, funcional, que significa algo en el conjunto de una teoría lingüística.

Sin embargo, según A. Alonso, mientras la Lingüística se mueva dentro de los límites abstractos que le vienen impuestos en función de la naturaleza de su objeto, es decir, mientras la Lingüística considere su objeto aisladamente, fuera del contexto histórico en que se realiza y cumple su función básica de comunicar; mientras la Lingüística sea una ciencia formalista cuyo objeto es estudiado dentro de los parámetros de una teoría que prescinde de los hombres y se cumple en las condiciones óptimas del laboratorio; mientras la Lingüística no sea concebida como una ciencia social, humana y empírica, la Lingüística no alcanzará a abarcar las dimensiones reales de su objeto ni a comprender su radical naturaleza, pues todo esto se deduce de sus palabras: «la Lingüística va encontrando la plenitud de su objeto a medida que se sale fuera de sí misma. Valga la paradoja». Pero es muy probable que aquí la voz *objeto* haya sido utilizada en el sentido de 'objetivo' y 'finalidad', que no haga referencia a lo que la Lingüística debe de estudiar, sino al modo de conseguir su finalidad, su objetivo. En este caso, lo único que cambia en la interpretación que hemos hecho de sus palabras es el ángulo de enfoque: el lingüista no ha puesto el acento sobre lo que hay que estudiar, sino sobre el modo de conseguir el más hondo conocimiento del objeto científico; pero tanto da considerar el objeto en su estricta dimensión lingüística desde diversos puntos de vista (lingüístico, cultural, social, evolutivo),

como considerarlo en todas sus dimensiones naturales, como realidad compleja en la que lo social, lo evolutivo y lo cultural son elementos connaturales con el lingüístico en la constitución del objeto lengua; en el primer caso, se ensancha voluntariamente el horizonte metodológico desde el que se estudia el objeto cuya muda y radical condición es la de ser sistema; en el segundo, es la naturaleza misma del objeto la que nos obliga a salir del laboratorio de la abstracción formalista. En pocas palabras, es la concepción intelectual del objeto en función de unos presupuestos teóricos, que tienen que encontrarse en la base de una ideología, la que nos impone la práctica de un determinado método de investigación científica.

Nadie, creo, puede estar en condiciones de dar argumentos decisivos para inclinar la balanza en el sentido de una u otra interpretación, pero lo que parece evidente es que ninguna de las opciones semánticas cambia sustancialmente el sentido del texto. Texto que, quizás muchos de nosotros, estaríamos dispuestos a defender y hacer propio, si no tuviera esa coletilla de «Valga la paradoja». Paradoja, ¿por qué?

Ya hemos dicho que cada concepción del objeto *lengua* lleva aparejada una determinada metodología de investigación, y, por lo tanto, condiciona la naturaleza de lo que entendamos por ciencia Lingüística. Es incuestionable que si A. Alonso presenta como contradicción interna real el que al salir la Lingüística de sus límites estrictos 'naturales' es cuando alcanza a comprender en toda su complejidad el objeto que investiga, es que tiene como base de partida la convicción de que la lengua es una realidad cuyo funcionamiento y cambio está al margen de los hombres que la materializan y, consecuentemente, la Lingüística es una ciencia formalista. Porque, de otro modo, la idea de contradicción no habría aparecido en su mente, pues no otra cosa que una contradicción es la paradoja. Y, en ese caso, triste ciencia es la que tiene que desnaturalizarse para conseguir el propósito que persigue. Cuando la contradicción está en la base de la naturaleza de una realidad objetiva, o en la de una metodología, hay que deducir que la concepción del objeto es errónea y que la metodología es científicamente impracticable.

A mi modo de entender, no hay tal paradoja. Cada lengua es un sistema, en efecto; un sistema o conjunto integrado por un determi-

nado número de elementos solidarios e interdependientes, que combinados según un número finito de reglas pueden dar un número infinito de mensajes. Pero este sistema no es susceptible de ser comparado con el sistema planetario, con los sistemas de cristalización de las sustancias minerales, con los sistemas numéricos o con otra cualquier clase de sistema natural en el que no tiene cabida la idea de cambio y cuya existencia en nada prejuzga la del hombre y la de su vida en sociedad a través del tiempo. El sistema lingüístico, por el contrario, es un producto humano e histórico, de ahí que la Lingüística tenga que ser algo más, mucho más que una serie de fórmulas cuyo grado de abstracción crece en función del grado de pragmatismo tecnológico que se pretenda y que lleva aparejada la más absoluta deshumanización de nuestra ciencia. Con estas palabras no pretendo excluir por anticientíficas las metodologías formalistas, antes al contrario: pretendo recordar ante ustedes la doble dimensión de naturaleza del lenguaje, sistemática e histórica, y que, por tanto, cualquier concepción o análisis del mismo, sea formalista o sea histórico, que pretenda presentarse como agotador de sus aspectos conocibles como realidad humana, habrá que rechazarlo por parcial y mutilador. Como dice el lingüista soviético W. I. Abaev, sin que esto quiera decir que yo comparta todos sus puntos de vista al respecto,

Mais il est sot de ramener la faille qui s'est produit dans notre science à l'alternative pour ou contre la linguistique historico-comparative. Ce n'est pas là l'essentiel. Il ne s'agit pas de luter pour la méthode historico-comparative; mais pour l'homme, pour le facteur humain, pour sa place dans la création, le développement et le fonctionnement de la langue. Il n'y a aucun conflit entre la linguistique historico-comparative et le structuralisme. Mais il y en a un, par contre, inconciliable entre l'humanisation et la déshumanisation de la linguistique⁴.

Indudablemente, la postura de Abaev, llevada a sus últimas consecuencias, como él hace, no es compartible en gran medida desde el punto de vista conceptual (ni siquiera justa, cuando traza el esbozo de historia de la lingüística soviética entre los años veinte y sesenta), porque carga tanto la mano en destacar el aspecto histórico, temporal, de la lengua en relación con la sociedad, que parece olvidar aspec-

⁴ V. I. Abaev, «Modernisme et déshumanisation de la linguistique», *Langages*, 15, 1969, pág. 95.

tos internos de la estructura lingüística que nada tienen que ver con el tipo de sociedad en que funciona y que no reflejan en absoluto sus características, como le hizo notar el estructuralista Ščerbak en un artículo aparecido en el mismo año de 1965 en que Abaev publicó el suyo:

Les phonèmes, les morphèmes, l'organisation de leur structure, les règles de formation des constructions syntaxiques, ont une essence purement linguistique, c'est-à-dire qu'ils appartiennent à la langue en tant que phénomène naturel; ils sont insensibles aux modifications de la structure sociale, évoluent selon leurs lois internes, et pour la science qui les étudie avec des méthodes objectives, comme d'ailleurs pour toutes les sciences de la nature, ce qui est caractéristique, c'est leur mouvement progressif, ininterrompu⁵.

Sin embargo, creo que Ščerbak exagera cuando afirma que todos los elementos enumerados, que, ciertamente, en nada reproducen los cambios de la organización social, «évoluent selon leurs lois internes» únicamente; pienso que una cosa es establecer relaciones de dependencia entre la estructura de la sociedad de acuerdo con unas concepciones ideológicas y la estructura del sistema lingüístico, y otra pretender que todas las causas que determinan el movimiento de los elementos dentro del sistema, las alteraciones del número de unidades del mismo, o los cambios de reglas de combinación siempre sean internas, es decir, estrictamente lingüísticas y, consecuentemente, de carácter sistemático. Prescindiendo del léxico, la parte menos estructural del lenguaje y la más sujeta a fluctuaciones de todo tipo, y de la que con más propiedad puede decirse que es «espejo», como gustaban de decir los lingüistas idealistas y dialectólogos alemanes cultivadores del método de *Wörter und Sachen* (K. Vossler, *Frankreichs Kultur im Spiegel seiner Entwicklung*, Heidelberg, 1913, por los unos, y M. L. Wagner, *Das ländliche Leben Sardiniens im Spiegel der Sprache*, Heidelberg, 1921, por los otros), o «reflejo», como dicen los filósofos marxistas, de la realidad social; prescindiendo del léxico, digo, incluso el sistema fonológico de una lengua puede verse alterado por la acción de factores externos lingüísticos y no lingüísticos, como dice A. Martinet, quien llega a conceder respecto de estos últimos que

⁵ A. M. Ščerbak, «Notes linguistiques», *Langages*, 15, 1969, pág. 101.

Ni que decir tiene que indirectamente, a través del canal de aquellas partes de la estructura lingüística en las que influyen de manera indiscutible, las modificaciones de la conciencia colectiva, la evolución social, los habitantes sucesivos y las modas pueden tener repercusión en el sistema fonológico ⁶.

Hay que hacer notar, además, que esto ya lo había dicho Martinet en 1955, fecha de la primera edición de su *Économie des changements phonétiques*. Pero lo curioso del caso es que, al final de su artículo, el mismo Ščerbak, habla de la imposibilidad de construir un esquema deductivo (el «modelo») análogo de un proceso histórico,

car se dernier est régularisé, non seulement par les impulsions internes du système, mais également par l'effet de facteurs externes (en outre l'action des lois linguistiques, à la différence des lois naturelles, est limitée par leurs réactions réciproques, par le temps, l'espace et même le milieu) (pág. 107).

Y es curioso destacar a este respecto, dentro de la concepción estructuralista «atenuada» martinetiana, que, cuando Haudricourt y Juilland pretenden demostrar que la razón desencadenadora de la reestructuración del sistema cualitativo latinovulgar en los distintos espacios lingüísticos romances se encuentra dentro del mismo sistema, a causa de la monoptongación del diptongo /aē/ > /ē/, con los consiguientes desequilibrio en la serie palatal y aparición de la asimetría dentro del mismo, tienen que recurrir a causas extrasistemáticas: 1.º) para justificar la posibilidad de la monoptongación ya señalada —asimetría de los órganos de producción de la palabra—; 2.º) para justificar la tardía monoptongación de /aū/ > /ū/ en la Romania occidental —la tardía pérdida de la cantidad como rasgo distintivo por causa de la existencia de un latín «cuidado», «urbano», «literario» (Wartburg), más tardía aún en el territorio donde posteriormente se formaría el franco-provenzal—, y 3.º) para justificar las diferencias cronológicas de la desaparición del juego fonológico cuantitativo en las distintas áreas lingüísticas románicas:

Effectuée cependant sous l'influence de langues de substrat différents, la disparition de la quantité ne s'est pas produite simultanément, mais par étapes successives, suivant les régions ⁷.

⁶ André Martinet, *Economía de los cambios lingüísticos*, Madrid, 1974, página 274; *Économie des changements phonétiques*, Berna, 2.ª ed., 1964, pág. 192.

⁷ André Haudricourt et Alphonse Juilland, *Essai pour une histoire structu-*

Historia y Lingüística, pues, como ciencias humanas y sociales que son, han estado y estarán llamadas a prestarse mutua ayuda en la consideración o estudio científico de la lengua, dada la especial naturaleza de la misma. Hace poco hemos dicho que las dimensiones fundamentales naturales de la lengua eran dos, la sistemática y la histórica, pero esto hay que precisarlo todavía. Para evitar equívocos, habría que decir que aquí el adjetivo *histórico* se entiende en el doble sentido de 'dimensión temporal del objeto' y de 'medio social en que el objeto se realiza'; por tanto, el desglose de estos dos componentes lleva a la nueva formulación siguiente: las dimensiones fundamentales naturales de la lengua son tres: sistemática, temporal o histórica y social. La legitimidad, en consecuencia, del triple punto de vista científico en el estudio de la lengua viene garantizada por la naturaleza de la misma. De tal manera que, después de reconocida la parcialidad del conocimiento que cada uno de estos enfoques conlleva, hay que admitir, por la misma fuerza de los hechos, que estos tres tipos de conocimiento (descriptivo, histórico y social) son complementarios y en ninguna manera contradictorios. La verdad sistemática, estructural, encuentra su razón de ser en la historia del sistema, pues los elementos que lo integran y los principios y mecanismos que regulan su funcionamiento son de naturaleza temporal y social, en una palabra, histórica. No basta con describir los elementos que integran una estructura y con descubrir las relaciones mutuas que los ligan y regulan su funcionamiento, es necesario dar razón de cómo se han formado esos elementos, de cómo se han integrado en ese sistema, y de cómo se realiza en cada estrato social en función de determinantes socio-históricas. Ha sido Yakov Malkiel⁸ quien ha valorado justamente la

rale du phonétisme français, La Haya-París, 2.^a ed., 1970, especialmente las páginas 35, 38 y 41.

⁸ Yakov Malkiel, «Necrology - Uriel Weinreich, Jakob Jud's Last Student», *RPh.* 22, 1968, págs. 130-131: «This mature revision of earlier positions became doubly and triply rewarding in the application of structuralism to diachrony, because language change, quite obviously, does not as a rule operate in narrowly homogeneous societies. Precisely the concluding months of Uriel's life, in stoic and serene anticipation of the ineluctable end, were devoted to the careful elaboration of a crucially important monograph, 'Empirical Foundations for a Theory of Language Change' — a project for which, from the start, he joined forces with M. I. Herzog, his closest collaborator on the *Atlas* team and his successor as leader of Yiddish studies in New York City, and with W. Labov, a keen and forceful theorist in his own right, who provided a welcome link to

fecunda colaboración resultante de la fusión metodológica de la lingüística histórica, estructuralismo y sociolingüística en el trabajo de U. Weinreich, W. Labov y M. I. Herzog, acerca de las bases empíricas de una posible teoría del cambio lingüístico. Precisamente, el séptimo principio establecido por estos tres lingüistas, nada sospechosos de antiestructuralismo, afirma que

Linguistic and social factors are closely interrelated in the development of language change. Explanations which are confined to one or the other aspect, no matter how well constructed, will fail to account for the rich body of regularities that can be observed in empirical studies of language behavior⁹.

Nadie está autorizado a pensar, a menos que se trate de un irresponsable, de un *dilettante*, o de un frívolo, que los enfoques diacrónicos en el estudio de la lengua carecen de rigor y validez científica, y no tienen nada nuevo que decir en el progreso general de las ciencias sociales. Es verdad que corren todavía malos vientos para los que van embarcados en la nave de la investigación histórica, a causa del ciclón descriptivista y, en general, formalista, que se desencadenó en Europa y América en la década de los años cincuenta y que hizo mirar los estudios diacrónicos como pasados de moda, una vez rota la entente cordial entre descriptivismo e historicismo; pero también es verdad que el temporal está amainando, porque no hay moda que cien años dure, ni cuerpo que la resista, y se restablecerá el equilibrio perdido.

Y una señal evidente, aparte la reimpresión acelerada de obras clásicas del historicismo y del comparatismo lingüístico, es la vuelta a la formulación del problema de la naturaleza del cambio lingüístico, en su más amplio sentido, que es el centro o el gozne sobre el que gira toda la investigación lingüística histórica. Naturalmente, las soluciones del problema son muy distintas de las que se dieron en el siglo pasado y en la primera mitad de lo que va de éste, porque los elemen-

currently fashionable socio-linguistic inquiries. The monograph occupies the better half (pp. 95 ff.) of the book *Directions for Historical Linguistics*, a University of Texas venture just off the press, embodying the scrupulously distilled results of a memorable April 1966 symposium» (pág. 131).

⁹ Uriel Weinreich, William Labov y Marvin I. Herzog, «Empirical Foundations for a Theory of Language Change», en *Directions for Historical Linguistics*, editado por W. P. Lehmann y Yakov Malkiel, Austin y Londres, 1975, pág. 188 (tercera reimpresión de la primera edición de 1968). *Nuove tendenze della linguistica storica*. A cura di W. P. Lehmann e Y. Malkiel, Bolonia, 1977.

tos que han entrado a formar parte en el planteamiento del mismo son distintos y más numerosos, pero eso no quita para poder afirmar que la dimensión histórica del lenguaje, después de haber acaparado casi despóticamente la atención investigadora de los lingüistas, para después pasar casi a tener que excusarse por su presencia, vuelve a primer plano y, lo que es más extraordinario, en parte, de la mano de investigadores formados en el campo de la descripción (formalistas y sociolingüistas). Porque la consideración estática de la lengua es producto de una abstracción mental que considera el objeto en estado de congelación absolutamente ficticio; incluso en el interior del sistema, los elementos se encuentran en equilibrio dinámico, como parte integrante que es de una realidad —la lengua— una de cuyas características es el estado de transformación permanente, como corresponde a un producto histórico operante. Y tal es el grado de inestabilidad, de escasez de fijeza en el número de elementos y en las relaciones que contraen unos con otros, que se ha planteado la posibilidad de que el sistema fonológico de una lengua pueda ser reestructurado por influjo de otra muy alejada genética y estructuralmente, aun cuando las dos sean indoeuropeas, pero que viven en contacto, como lo hizo E. Petrovici respecto del rumano y las lenguas eslavas que lo rodean¹⁰. El mismo Jakobson recomienda en la práctica descriptiva que

Une vue compréhensive de la synchronie dynamique de la langue, impliquant les coordonnées spatio-temporelles, doit remplacer le modèle traditionnel des descriptions arbitrairement limitées à l'aspect statique¹¹.

De la misma manera que, absurdamente, la descripción lingüística estuvo, y está todavía en parte, presidida por la ilusión de la homogeneidad y de la independencia de las lenguas, hasta tal punto que A. Martinet, en el prólogo al libro de Uriel Weinreich, *Languages in Contact*, dijo, en 1953:

There was a time when the progress of research required that each community should be considered linguistically self-contained and homo-

¹⁰ E. Petrovici, *Kann das Phonemsystem einer Sprache durch fremden Einfluss umgestaltet werden? Zum slavischen Einfluss auf das rumänische Lautsystem*, 'S-Gravenhague, 1957.

¹¹ R. Jakobson, «Linguistique et théorie de la communication», en *Essais de linguistique générale*, París, 1963, pág. 92.

geneous. Whether this autarcic situation was believed to be a fact or was conceived of as a working hypothesis need not detain us here. It certainly was a useful assumption¹².

Ilusión de homogeneidad de las estructuras lingüísticas a la que también se hace referencia en el segundo principio de la teoría del cambio lingüístico de Weinreich, Labov y Herzog («The association between structure and homogeneity is an illusion»)¹³, pues el concepto de estructura de la lengua implica la existencia de diferencias entre los hablantes y los estilos, diferencias sujetas a las reglas que gobiernan los cambios en la comunidad hablante, puesto que el innato dominio de los naturales de una lengua sobre la misma, presupone el control de tales estructuras («native command of the language includes the control of such heterogeneous structures»)¹⁴.

Y han sido precisamente los dialectólogos, dice también Martinet en el mismo prólogo, los que han demostrado la permeabilidad de las células lingüísticas y han presentado el cambio lingüístico como ondas que se propagan en el espacio¹⁵. Pero tenemos que añadir a esta justa apreciación, sin embargo, que antes que los dialectólogos gillieronianos, y mucho antes de que la moderna dialectología estructuralista y social hiciera su aparición por obra de Weinreich¹⁶, H. Schuchardt ya había escrito en 1866, incluso antes que Johannes Schmidt (1872), en su obra *Der Vokalismus des Vulgärlatein*, que

¹² U. Weinreich, *Languages in Contact. Findings and Problems*, La Haya-París, 1974, VII (octava reimpresión de la primera edición).

¹³ *Ob. cit.*, pág. 187.

¹⁴ *Ibid.*, pág. 188.

¹⁵ Prólogo a U. Weinreich, *ob. cit.*, pág. VII.

¹⁶ U. Weinreich, «Is a structural Dialectology possible?», *Word*, 10, 1954, páginas 388-400; vid. también, Diego Catalán, «Dialectología y estructuralismo diacrónico», en *Miscelánea Homenaje a A. Martinet. Estructuralismo e historia*, Universidad de La Laguna, Canarias, 1962, III, págs. 69-80. Una clara visión de conjunto sobre los problemas relacionados con la práctica de la investigación dialectal de carácter estructuralista puede encontrarse en M. Alvar, *Estructuralismo, geografía lingüística y dialectología actual*, Madrid, 2.^a ed., 1973 (la primera edición es de 1969), págs. 17-105; añádase el breve y preciso capítulo «Dialectologia strutturale» de la obra de Manlio Cortelazzo, *Avviamento critico allo studio della dialettologia italiana*, Pisa, 1969, I, págs. 122-137, y las obras de Gerhard Hard, *Zur Mundartgeographie. Ergebnisse, Methoden, Perspektiven*, Düsseldorf, 1966; Corrado Grassi, *La geografia linguistica: principi e metodi*, Turín, 1968; Jan Gossens, *Strukturelle Sprachgeographie. Eine Einführung in Methodik und Ergebnisse*, Heidelberg, 1969.

Denken wir uns die Sprache in ihrer Einheit als ein Gewässer mit glattem Spiegel; in Bewegung gesetzt wird dasselbe dadurch, daß in verschiedenen Stellen desselben sich Wellencentra bilden, deren Systeme, je nach der Intensität der treibenden Kraft von größeren oder geringerem Umfange, sich durchkreuzen¹⁷.

El problema de la naturaleza y de las causas del cambio lingüístico, que si bien es el centro de gravedad de la concepción histórica de la lengua, también se ha instalado como problema puramente teórico en el ámbito de la especulación lingüística, como lo demuestra el penetrante libro de E. Coseriu, *Sincronía, diacronía e historia*. Podría decirse, sin temor a equivocarse demasiado, que esta investigación ha hecho época, ha marcado un límite entre lo que se ha dicho antes y después de su aparición en 1958¹⁸. Desde que J. H. Bredsdorff publicó en danés en 1821 su ensayo sobre las causas de los cambios lingüísticos¹⁹, hasta W. A. Koch²⁰, en 1970, pasando por H. Paul²¹, se ha utilizado mucho papel y se ha gastado mucha tinta en exponer lo que cada uno piensa acerca de este problema.

Pero el hecho de que la naturaleza histórica del lenguaje justifique y legitime una investigación de este tipo, y, como dice Michelena,

Aunque no falte quien siga pensando en el fondo del corazón (y esta manera de pensar está muy extendida fuera del círculo de los especialistas) que no hay explicación que valga lo que una explicación histórica²²,

¹⁷ Hugo Schuchardt, *Der Vokalismus des Vulgärlatein*, Leipzig, 1866-1868, III, página 34; también en I, págs. 82-94.

¹⁸ Eugenio Coseriu, *Sincronía, diacronía e historia. El problema del cambio lingüístico*, Montevideo, Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias. Investigaciones y Estudios. Serie Filología y Lingüística, 2, 1958 (reimpresión fotomecánica: Tübinga, 1969); segunda edición, revisada y corregida, Madrid, 1973.

¹⁹ Jakob Hornemann Bredsdorf, *Über die Ursachen der Sprachveränderungen*, Tübinga, 1975.

²⁰ Walter A. Koch, *Zur Theorie des Lautwandels*, Hildesheim-Nueva York, 1970. Posteriormente, *Langages*, «Le changement linguistique», 32, 1973. No menos de 12 artículos de interés a este respecto hay en el Anuario de 1976 del «Instituto de Lengua Alemana», *Sprachwandel und Sprachgeschichtsschreibung im Deutschen*, Düsseldorf, 1977.

²¹ Herman Paul, *Prinzipien der Sprachgeschichte*, Tübinga, 6.ª ed., 1960, páginas 23-36.

²² Luis Michelena, «Gramática generativa y lingüística histórica», *RSEL* 1, 1971, pág. 212, nota 1.

no supone que a estas alturas de la ciencia lingüística se esté dispuesto a defender la primacía de la investigación histórica sobre la descriptiva, como tajantemente lo hicieron H. Paul y H. Schuchardt²³, sino la necesidad de ambas direcciones de indagación científica, y la complementariedad de sus resultados. La actitud de Paul y de Schuchardt es indefendible, al menos desde el punto de vista teórico, pero no hay que dejar de reconocer, como demuestra Michelena, que «no fue enteramente caprichosa»²⁴. Para H. Paul la única investigación lingüística de carácter científico es la histórica, porque cualquier otra clase de investigación científica del lenguaje en el fondo también lo es; si no lo es del todo, puede ser, en parte, por culpa del investigador, y, en parte, por culpa del material estudiado:

Ich habe es noch kurz zu rechtfertigen, dass ich den Titel Prinzipien der Sprachgeschichte gewählt habe. Es ist eingewendet, dass es noch eine andere wissenschaftliche Betrachtung der Sprache gäbe, als die geschichtliche. Ich muss das in Abrede stellen. Was man für eine nicht geschichtliche und doch wissenschaftliche Betrachtung der Sprache erklärt, ist in Grunde nichts als eine unvollkommen geschichtliche, unvollkommen teils durch Schuld des Betrachters, teils durch Schuld des Beobachtungsmaterials²⁵.

II. LA LINGÜÍSTICA COMO CIENCIA HISTÓRICA

Hasta ahora hemos venido hablando de la naturaleza de la lengua y, en función de ella, hemos querido poner de manifiesto la legitimidad y la necesidad del estudio histórico de la misma, aunque en ningún momento nos hayamos detenido a intentar demostrar que la lengua es un producto historicosocial, por entender que se trata de evidencias objetivas de carácter no especulativo. Entra dentro del campo de la especulación, por el contrario, el demostrar su carácter estructural, sistemático, pero esto, en este momento, no es de nuestra incumbencia.

²³ «Die beschreibende Wissenschaft ist eine Vorstufe der eigentlichen, der erklärenden Wissenschaft [...] Überall stossen wir auf Entwicklung; demzufolge muss das Sein aus dem Werden erklärt, der genetischen Methode die Herrschaft zuerkannt werden» (H. Schuchardt, *Das Baskische und die Sprachwissenschaft*, Viena, 1925, págs. 5 sigs.; en L. Michelena, *ob. cit.*, pág. 212, nota 1).

²⁴ Luis Michelena, *ob. cit.*, pág. 212.

²⁵ H. Paul, *ob. cit.*, pág. 20.

Podemos decir, en pocas palabras, que la historicidad de la lengua reside en que es una creación humana, social, y sólo el hombre es sujeto histórico, porque es el único ser capaz de reflexionar sobre su propio pasado y de modificar con su actuación consciente el entorno natural. Hablar de *Historia de la Naturaleza* es predicar analógicamente de los animales no racionales, de las plantas y de los minerales lo que por naturaleza no les conviene, a menos que se entienda *historia* en el sentido de una ciencia que estudia abstractamente la dimensión temporal del objeto, porque hablar de la historia de la tierra no es otra cosa que poner de manifiesto las transformaciones que sus elementos integrantes han experimentado, en función de circunstancias a veces ajenas a su naturaleza, pero que influyen en ella, sin que pueda decirse que estos elementos produzcan hechos históricos a causa de su falta de «consciencia». Por otra parte, la modificación del medio físico por obra de los seres no racionales también es inconsciente e irreflexiva, en tanto que su conducta es repetición indefinida de actos iguales a través del tiempo. Y la lengua, en definitiva, es un producto de la conciencia y nace por la necesidad de comunicación entre los hombres²⁶. Esta concepción de la lengua relaciona, en buena medida, el pensamiento lingüístico de Marx y Engels con el de otros pensadores decimonónicos, por ejemplo H. Paul, el más consecuente e inteligente de los neogramáticos²⁷, muy alejados de las preocupaciones teóricas y prácticas de aquéllos. Y, naturalmente, decir que la lengua es un producto histórico es afirmar que es obra de cultura, que es un instrumento social, y, por supuesto, una institución²⁸, porque las instituciones son instrumentos sociales de organización y la lengua es el más perfecto y poderoso de ellos.

El gran teorizador de la «junggrammatische Richtung», el germanista H. Paul (1846-1921), abrió su nunca totalmente superado libro de los *Prinzipien der Sprachgeschichte* con estas palabras:

Die Sprache ist wie jedes Erzeugnis menschlicher Kultur ein Gegenstand der geschichtlichen Betrachtung; aber wie jedem Zweige der Ges-

²⁶ Vid. a este respecto la pág. 73 del brillante artículo de V. V. Vinogradov, «Triompher des consequences du culte de la personnalité dans la linguistique soviétique», *Langages*, 15, 1969, págs. 67-84.

²⁷ Kurt R. Jankowsky, *The Neogrammarians*, La Haya-París, 1972, págs. 144-162.

²⁸ También A. Martinet se hace eco de los que defienden la naturaleza institucional del lenguaje en *Éléments de linguistique générale*, París, 1960, págs. 11-12 (trad. española: Madrid, 1965, págs. 13-15).

chichtwissenschaft so muss auch der Sprachgeschichte eine Wissenschaft zur Seite stehen, welche sich mit dem allgemeine Lebensbedingungen des geschichtlich sich entwickelnden Objektes beschäftigt, welche die in allem Wechsel gleichmässig vorhandenen Faktoren nach ihrer Natur und Wirksamkeit untersucht (pág. 1).

Pero este producto historicocultural que es el lenguaje, sigue diciendo H. Paul, necesita ser estudiado según unos principios que sólo pueden ser establecidos investigando la naturaleza de la misma evolución histórica (pág. 5). Y en ningún campo de la investigación cultural se pueden conocer con tanta exactitud como en el estudio del lenguaje las condiciones de evolución y, por lo tanto, no hay ciencia cultural que pueda utilizar sus métodos de investigación con el grado de rendimiento que la Lingüística utiliza los suyos (pág. 5). La Lingüística, repite más adelante, es una parte de la ciencia de la cultura, porque el lenguaje es un hecho cultural, y entre todas las ciencias históricas la Lingüística es la única que está en condiciones de ofrecer resultados más seguros y exactos (pág. 16).

Al hablar de lenguaje como producto social tenemos que entenderlo en el sentido humboldtiano no de una realidad acabada y fijada para siempre, como *ἔργον*, sino como realidad fluyente, *ἐνέργεια*, en continua elaboración; el lenguaje es un continuo hacer y deshacer, el lenguaje es proceso (*Vorgang*, dijo Schuchardt), sujeto tan sólo al principio de causalidad historicosocial, pues incluso los principios y normas que regulan el mecanismo interno son los mismos del pensamiento dialéctico. Pero ¿de qué manera condiciona la sociedad el lenguaje?

En el penetrante artículo publicado por E. Benveniste, «Structure de la langue et structure de la société», se hace una doble distinción, muy oportuna: de una parte, la sociedad y la lengua como hechos empíricos; de otra, la sociedad como colectividad humana, y la lengua como sistema de formas significantes; hay, pues, dos niveles: uno histórico y otro conceptual. Cuando yo hablo de causalidad historicosocial, me refiero al primero (realidad material); cuando hablo de pensamiento dialéctico, me refiero al segundo (organización racional).

En cuanto al tipo de relación que puede establecerse entre lengua y sociedad, añade Benveniste, no es ni estructural ni tipológico ni genético, sino semiológico, «comme moyen d'analyse de la société»²⁹.

²⁹ Emile Benveniste, «Structure de la langue et structure de la société», en

Pero es curioso observar en su razonamiento que, mientras para demostrar que la relación entre lengua y sociedad no es ni estructural ni tipológica da sendas razones, para demostrar que tampoco es histórica o genética no da ninguna, sino que se limita a decir que

nous ne faisons pas dépendre la naissance de l'une de la naissance de l'autre. La langue naît et se développe au sein de la communauté humaine, elle s'élabore par le même procès que la société par l'effort de produire les moyens de subsistance, de transformer la nature et de multiplier les instruments (pág. 95).

En efecto, lengua y sociedad están en relación dialéctica: la existencia de la una implica la de la otra. Pero esto no quiere decir que no haya una relación histórica, lo que ocurre es que esta relación se cumple en dos direcciones simultáneamente: la historia de la sociedad empieza con la historia de la lengua. Porque si es absolutamente cierto que el grupo crea el lenguaje, el instrumento de comunicación, nacido de la necesidad («Aus der Not entstanden, die Sprache erreicht ihr Climax in der Kunst», *Schuchardt-Brevier*, 265), no lo es menos que una vez creado el lenguaje éste gobierna y estructura la sociedad. Podría decirse que la base y fundamento de una sociedad es el lenguaje. De la misma manera que el habla crea la lengua, según la terminología de Saussure, y posteriormente es la lengua la que gobierna el habla, así la sociedad crea el lenguaje, pero una vez creado es el lenguaje el que organiza y, al mismo tiempo, refleja la naturaleza de la sociedad. Si no hay lenguaje, no hay sociedad posible. El sociólogo Georges Granai ha escrito que

Ce conditionnement réciproque de l'acte de langage et de la société envisagée comme mode de existence traduit précisément le rapport dialectique d'implication mutuelle qui les unit; il interdit, des lors, que l'on puisse déduire l'un des termes de l'autre, le langage de la société ou la société du langage³⁰.

Problèmes de linguistique générale, París, 1974, II, pág. 95. Interesante, con puntos de vista totalmente opuestos a los de Benveniste, el artículo de Alf Sommerfelt, «Estructuras lingüísticas y estructuras de los grupos sociales», en *Problemas del lenguaje*, Buenos Aires, 1969, págs. 179-184, motivado por las relaciones establecidas por Claude Lévi-Strauss en la sección «Lenguaje y parentesco» de su obra *Antropología estructural*, Buenos Aires, 2.^a ed., 1969 (primera edición francesa: París, 1958).

³⁰ Georges Granai, «Problèmes de la sociologie du langage», en Georges Gurvitch, *Traité de sociologie*, París, 1968, II, pág. 263.

Y el filósofo marxista A. Schaff dice muy acertadamente que

El lenguaje es una formación social por excelencia. ¿Está por ello condicionado socialmente? En su crítica de la concepción de Marr, Stalin se pronunció decididamente contra la tesis del carácter de clase del lenguaje. [...] Es característico que en favor de la tesis del condicionamiento social del lenguaje, se pronunciaran también investigadores que no están en el terreno marxista, [...] por ejemplo Meillet. La tesis del carácter clasista del lenguaje, en su versión más estrecha, es evidentemente falsa, pero no debe de ser interpretada con la misma estrechez ³¹.

No es del momento entrar en la espinosa cuestión de averiguar la manera en que la sociedad se refleja en el lenguaje, pero sí el de desvanecer la aparente contradicción existente al utilizar como sinónimos históricos *producto* y *energía*. Según Humboldt

Die Sprache, in ihrem wirklichen Wesen aufgefasst, ist etwas beständig und in jedem Augenblicke Vorübergehendes [...] Sie selbst ist kein Werk (*Ergon*), sondern eine Thätigkeit (*Energiea*) ³².

³¹ El punto de vista sostenido por Schaff, respecto del problema del carácter de clase del lenguaje, coincide en lo sustancial con el de Vinogradov, en contra de la estrecha visión de Stalin, expuesta en el artículo citado más arriba en la nota 26; Adam Schaff, «Sobre la necesidad de una investigación lingüística marxista», en *Ensayos sobre filosofía del lenguaje*, Barcelona, 1973, pág. 28.

La polémica de los lingüistas rusos, incluidas las intervenciones de Stalin, en torno a las teorías de Marr, y consiguiente defensa del estructuralismo, se encuentra en *The Soviet Linguistic Controversy*, Nueva York, Morningside Heights, 1951. Las intervenciones de Stalin en la discusión fueron recogidas en un folleto cuya aparición en Italia data de 1952 (Stalin, *El marxismo e la linguistica*, Traduzione di Palmiro Togliatti, Edizioni Rinascita, Roma, 1952), pero la traducción del mismo Togliatti, publicada en la revista *Rinascita* (números 6-9) apareció el mismo año 1950, hasta el cual la lingüística soviética estuvo dominada por el marrismo. La traducción española no se ha publicado hasta 1977, junto con otros trabajos de J. Stalin: *El marxismo, la cuestión nacional y la lingüística*, Madrid, 1977, págs. 93-140. Artículos interesantes sobre la Nueva Teoría de N. Ia. Marr, sobre la intervención de Stalin, la defensa del estructuralismo, y otras cuestiones lingüísticas no polémicas, se encuentran reunidos en *Langages*, 15, 1969. Intento de rehabilitación de las doctrinas de Marr puede colegirse de los artículos aparecidos en *Langages*, 46, 1977.

En relación con los problemas y hechos aquí consignados, amén de otros de evidente interés para el que estudia la lingüística de orientación marxista, puede leerse con aprovechamiento el manual de J. B. Marcellesi et B. Gardin, *Introduction à la sociolinguistique. La linguistique sociale*, París, 1974; ahora en esp.: *Introducción a la sociolingüística (La lingüística social)*, Madrid, 1979.

³² Wilhelm von Humboldt, *Über die Verschiedenheit des menschlichen Sprachbaues und ihren Einfluss auf die geistige Entwicklung des Menschengeschlechts*, Berlín, 1863-Bonn, 1968, LVII.

Pero no tomo aquí *producto* en el sentido de 'artefacto', 'cosa material realizada con volumen y perfiles concretos', sino en el más amplio de 'realidad histórica', y, por lo tanto, susceptible de cambio; y, en este sentido, una institución es un 'producto social', es una 'realidad social', que no tiene por qué ser idéntica a sí misma en todos los momentos de su historia. El lenguaje cambia, como cambian las instituciones creadas por la sociedad para regular el funcionamiento ordenado de la misma. Ahora bien, el lenguaje es una institución muy especial, del que sólo hemos querido evidenciar su carácter histórico.

La lingüística histórica, pues, como categoría científica de investigación, no sólo tiene legitimada su existencia, en función de la naturaleza del objeto que considera, sino que la Lingüística, antes que otra cosa (descriptiva, matemática, sociológica, psicológica, filosófica, etc.), pero sin excluir a ninguna, es una ciencia histórica. No obstante, no hay que confundir la lingüística histórica de que hablo con el historicismo lingüístico. A mi juicio, la misma distancia que separa el historicismo de Leopold von Ranke de la nueva concepción de la investigación histórica y de la historia, debe separar el historicismo lingüístico de la lingüística histórica que hay que practicar. Ya ha pasado el tiempo de creer que la ciencia histórica consiste en amontonar y amontonar datos y hechos en imprecisa sucesión cronológica, sin articulación ni interpretación. «El estudio de la historia es un estudio de causas», dice E. H. Carr³³. Tenemos que alejar de nosotros la idea de que la lingüística histórica se encierra en las secas y absurdamente llamadas gramáticas históricas³⁴, por otra parte absolutamente necesarias, en las que el estudio de los procesos fonéticos aparece desligado del entorno social, cultural, económico, etc. en que se cumplen; desligado de las fuerzas y direcciones evolutivas en lucha que acaban por sucumbir ante la socialmente más poderosa; desligado del menor intento interpretativo e integrador del hecho en un conjunto, en una estructura histórica que pueda ayudar a aproximarse al conocimiento de las causas que condicionaron su aparición, su triunfo o su rápido olvido, etc. Es verdad que bastante de todo esto se encuentra — ¡ya! —

³³ E. H. Carr, *¿Qué es la historia?*, Barcelona, 5.^a ed., 1973, pág. 117.

³⁴ «The substance of such a book is a long series of formulae illustrated by a varying number of examples, and exceptions to the rules, in austere isolation from any other kind of scholarly documentation» (Yakov Malkiel, «Language History and Historical Linguistics», *RPh.* 7, 1953, pág. 67).

en los *Orígenes del español*; pero eso no es más que el extraordinario arranque, una muestra de lo que debe de ser la nueva lingüística histórica, con nuevos métodos, con nuevas ideas, con nuevas técnicas. Hay que intentar —y quien lo dice, aunque no sea el más calificado para ello, lo desea profundamente— dar cuenta en la medida de lo posible y en cada momento, de la complejidad del hecho y del proceso lingüístico real y no ofrecer esos esquemas que

presentano rispetto alla realtà la stessa semplificazione degli esperimenti di laboratorio rispetto ai reali fenomeni fisici o chimici

como ha señalado no hace mucho A. Várvaro, añadiendo inmediatamente que

Essere coscienti della complessità della realtà linguistica non significa però *ipso facto* disporre di un corrispondente, adeguato inquadramento teorico né soprattutto di adeguati metodi di analisi e descrizione³⁵.

Hay que superar el atomismo positivista decimonónico de las «leyes» lingüísticas de los neogramáticos, que aísla la lengua de sus circunstancias concretas de espacio y tiempo y que antepone lo individual a lo social; «leyes» lingüísticas establecidas en el mayor grado de abstracción posible tendentes a poner de manifiesto la regularidad interna del cambio lingüístico a través del tiempo pero sin las observaciones precisas necesarias, repito, sobre el «tiempo» y el «espacio» concretos, siquiera aproximadas, en que el cambio tuvo lugar, y que, con el mismo grado de abstracción, encuentran riguroso paralelismo, aunque con muy distintos presupuestos teóricos, en el generativismo y transformativismo de nuestros días, cuyas «reglas» pretenden mostrar el funcionamiento del mecanismo psicofísico engendrador del acto del habla, en cada individuo, en un momento dado, y cuyos puntos de vista han desviado la atención de los lingüistas al campo de la psicología, que no es el suyo (lo que no quiere decir que la psicolingüística no tenga derecho a la existencia). Atomismo histórico positivista de origen individual (no social) de formulación abstracta, que encuentra estricta correspondencia en el formalismo acrónico norteamericano

³⁵ Alberto Várvaro, «Storia della lingua: passato e prospettive di una categoria controversa (II)», *RPh.* 26, 1973, pág. 509.

actual de los Kiparsky³⁶, King³⁷, Peregrín³⁸ y algunos otros, porque ambos —el neogramatismo y el generativismo— se encuentran en un común espíritu de simetría, por lo que tienen neogramáticos y generativistas de olvido de las circunstancias sociales reales en que el cambio lingüístico se produce. El «estructuralismo» formalista y funcionalista no ha caído, por el contrario, en la tentación de formular ni «leyes» ni «reglas» engendradoras; se ha limitado a estudiar el producto «engendrado» y a establecer *a posteriori* los principios en que parece fundarse el carácter sistemático, estructural y funcional, de la lengua³⁹.

³⁶ Paul Kiparsky, «Historical Linguistics», en *New Horizons in Linguistics*, Harmondsworth, 1972, págs. 302-315 (traducción al español: *Nuevos horizontes de la lingüística*, Madrid, 1975, págs. 317-331).

³⁷ Robert King, *Historical Linguistics and Generative Grammar*, Englewood Cliffs, 1969 (traducción italiana: *Linguistica storica e grammatica generativa*, Bolonia, 1973).

³⁸ C. Peregrín Otero, *Evolución y revolución en romance. Mínima introducción a la fonología*, Barcelona, 1971; idem, *Evolución y revolución en romance II. Mínima introducción a la diacronía*, Barcelona, 1976. No quisiera dejar de advertir la contradicción de fondo, interna, que existe entre el título de la obra de Peregrín y la declaración de principios que hace al inicio del vol. II, en la que se nos repite que lo importante es el estudio gramatical de la lengua (la sincronía), y no el de los procesos (la diacronía), porque para él lo radicalmente científico es sólo conocer la «naturaleza» de las cosas, dejando de lado el conocimiento de las «causas» que dieron lugar a ellas; es decir, sus palabras son la más gratuita negación de la naturaleza del conocimiento histórico: lo importante es saber que hubo p. ej. un «período dictatorial» y estudiar cómo funcionó la «dictadura»; lo de menos, saber cuáles fueron las causas que la hicieron posible, con lo cual nunca podremos identificar, por ignorancia, la «situación» o «situaciones» que posibilitan el nacimiento de las dictaduras. Yo no creo que la Historia (con mayúscula) sea maestra de la vida, pero sí que enseña bastante.

Según Peregrín, es verdaderamente importante «como se sabe [...] la investigación de la secuencia de los sistemas sociales realmente distintos, no la identificación de procesos «revolucionarios» y «contra-revolucionarios» (II, pág. 11). Pero resulta que *evolución* y *proceso* son sinónimos, y si no interesa el conocimiento de los procesos no tiene fundamento el título del libro.

³⁹ La diferencia fundamental señalada por Th. Bynon entre el modelo neogramático y el transformativo, en la explicación del cambio lingüístico, se establece porque la autora se mueve en el mismo plano de abstracción que neogramáticos y transformativistas, pero lo que yo considero ahora no son las diferencias de formulación dentro del plano, abstracto, sino el plano mismo: «While in the former every sound change has an immediate effect upon the phonological form of lexical entries, the addition of a phonological rule in the transformational model does not. Change in underlying representations may follow rule addition as part of the process of restructuring but is not directly brought about by rule addition and need not in fact take place at all. The form of lexical entries thus changes more slowly in the transformational model. This is of course a

La lingüística histórica, incluso en el dominio de la fonética, que fue el que gozó de una situación de privilegio en la investigación lingüística de la segunda mitad del siglo pasado, debe y puede liberarse de ese amojamamiento que la ha convertido en la fea del baile, y a la que nadie quiere acercarse. Ya la aplicación de la simplificadora metodología estructuralista en el estudio y solución de problemas concretos de fonética diacrónica de reducido alcance supuso un paso de extraordinaria importancia en la transformación de los principios y métodos de esta parcela de la ciencia lingüística; pero esta misma metodología, como ha demostrado Malkiel, se revela incapaz en el análisis de sistemas globales o de estructuras en movimiento, como, por ejemplo, en el de la explicación de las variadas soluciones de los grupos consonánticos iniciales KL-, FL-, PL- en las lenguas hispanorro-mánicas. El análisis de estas estructuras complejas sólo puede llevarlo a cabo lo que él llama la dinámica lingüística, que no se limita a aislar problemas sencillos, sino que también intenta interpretar tanto las estructuras y formas claras, como las estructuras y formas complicadas y aparentemente anómalas o distorsionadas⁴⁰. Y desde el punto de vista metodológico, lo que Malkiel pone de manifiesto es que con una sola metodología, y mucho menos si tiene como principio la práctica de la simplificación y del esquematismo, difícilmente pueden explicarse los grandes y complejos problemas de la evolución fonética de las lenguas: por ello hay que traer a concurso desde las

result of the fact that generative phonology is non-autonomous» (Theodora Bynon, *Historical Linguistics*, Cambridge, 1977, pág. 117). Vid. también las páginas que, en la obra de orientación marxista *Grundfragen der Sprachtheorie*, Halle, 1955, le dedica su autora, Gertrud Pätsch, a la crítica de los principios teóricos del neogramatismo. Ahora bien, del hecho de que no se esté de acuerdo con el concepto de «ley» fonética acuñado por los neogramáticos ni con el carácter (fundamental) individual del cambio fonético ni con el sistemático olvido de las coordenadas de tiempo y espacio en que el cambio se impone, no debe deducirse que la labor de los neogramáticos haya sido estéril o despreciable. La valiente y fundamentada rehabilitación científica que de los mismos hace Jankowsky (vid. nota 27) era tan necesaria como provechosa. Sin embargo, la defensa a ultranza de los principios, más allá de la exposición de la coherencia interna de la «doctrina» neogramática, tal vez condicionada, en parte, por la actitud radicalmente contraria de G. Bonfante, se presta a consideraciones que no son del momento, y que dejo para la reseña del libro.

⁴⁰ Yakov Malkiel, «The Interlocking of narrow Sound Change, broad phonological Pattern, Level of Transmissions, areal Configuration, Sound Symbolism. Diachronic Studies in the Hispano-Latin Consonant Cluster CL-, FL-, PL-», *Archivum Linguisticum*, 15, 1963, págs. 144-173 y 16, 1964, págs. 1-33.

técnicas filológicas, hasta el método geografilingüístico; desde los procedimientos del comparatismo, hasta los tratamientos de la dialectología; desde las prácticas de la reconstrucción, hasta los modos de interpretación de las corrientes culturales, migratorias, comerciales, etc.; desde las fórmulas de interpretación de las tradiciones populares, hasta los recursos de análisis de las palabras en relación con las cosas; y un largo etcétera que está en el ánimo de todos ustedes. Por haber sabido utilizar con maestría distintas técnicas de investigación, aplicando en cada momento la oportuna, y por haber sabido encontrar las relaciones de varia índole que pueden establecerse entre datos aislados, ha calificado Malkiel los *Orígenes del español* de obra extraordinaria e inmarchitable, en el trabajo a que acabo de hacer referencia. En los *Orígenes*, dice Várvaro, «la storia si pone come integrazione e superamento della grammatica stórica»⁴¹.

Pero si eficaz y productivo puede ser la aplicación de las nuevas metodologías, que han ido apareciendo a partir del nacimiento de la Geografía Lingüística, en el estudio de la evolución fonética, mucho más se revela en el de la morfología, del léxico, de la formación de palabras, de la semántica y de la sintaxis. Mucho más productivo, de mucho más rendimiento científico y cultural, porque es donde la lengua alcanza su grado más alto de significación comunicativa y de correlación social.

Sin embargo, no es en este dominio genérico de la lingüística histórica donde las metodologías de investigación histórica pueden alcanzar sus mejores logros, sino en el de la historia de la lengua, cosa muy distinta, conviene advertirlo, aunque parezca innecesario para algunos; en todo caso, me remito nuevamente al trabajo de Várvaro últimamente citado donde se comprueba lo oportuno de tal advertencia⁴².

⁴¹ Alberto Várvaro, «Storia della lingua: passato e prospettive di una categoria controversa (I)», *RPh.* 26, 1, 1972, pág. 38.

⁴² *Ibid.*, págs. 42-48, aunque entiendo que historia de la lengua es bastante más que estudiar «le vicende linguistiche di una collettività in cui convivono, si sovrappongono, si integrano o si disintegrano ed insieme mutano sistemi diversi. Compito della storia della lingua è di occuparsi della dinamica di questa coesistenza, cioè dei modi, dei tempi, degli spazi dell'organizzarsi o disorganizzarsi di sistemi coesistenti» (págs. 47-48). El pensamiento de Y. Malkiel sobre el particular puede verse en «Language History and Historical Linguistics», *RPh.* 7, 1953-1954, págs. 65-76, y en *Essay on Linguistic Themes*, Oxford, 1968. A mi parecer, de manera muy esquemática, podría servir de orientación en el establecimiento de los límites de los campos conceptuales el siguiente cuadro:

No vamos a entrar ahora en el análisis de lo que ha sido y de lo que debe ser una historia de la lengua, ni mucho menos discutir algunos de los puntos controvertibles que con gran agudeza ha tratado el investigador italiano. Quiero limitarme, por el contrario, a plantear algunas cuestiones programáticas de fondo de carácter lingüístico, histórico y social, incluida la tesis de Várvaro.

Dice, y comparto su punto de vista, que

al centro della problematica della storia della lingua se pone il concetto della coesistenza di sistemi linguistici molteplici nell'ambito di una stessa comunità (II, pág. 509).

Ahora bien, según y conforme ha desarrollado la tesis, y ha ejemplificado sus puntos de vista metodológicos, esa comunidad de que habla no aparece por parte alguna, toda su propuesta se desarrolla en el estricto campo de la lingüística histórica, e incluso en el apartado que titula *Implicazioni socio-culturali ed implicazioni linguistiche*, donde se hubiera podido esperar la aparición de referencias concretas de carácter sociocultural, todo se desenvuelve en el plano de la más pura teoría sociolingüística. Es verdad, se me dirá, que aquí sólo se trata de una propuesta metodológica a partir de un presupuesto teórico de una determinada concepción de la sociolingüística, pero también es verdad que sus ejemplos se mueven en el campo de la consi-

A	Gramática	Lingüística descriptiva o sincrónica
B	Gramática histórica	Lingüística histórica o diacrónica
C	Historia de la lengua	Historia lingüística o social de la lengua

a) Una «gramática» es la descripción del funcionamiento de un número determinado de elementos, en un momento dado de acuerdo con unas normas combinatorias. Los elementos y las relaciones que los ligan forman un sistema. La gramática de una lengua, en cualquier caso, es el resultado de la integración de subsistemas, generalmente, correlativos.

b) El estudio de la evolución de los elementos y de las relaciones que los ligan en el paso de un sistema a otro, en las distintas etapas conocidas de una lengua, constituye lo que contradictoriamente se conoce con el nombre de «gramática histórica».

c) La consideración de la evolución de elementos y relaciones en función de los condicionamientos sociales, en su más amplio sentido, de un determinado espacio lingüístico y en un lapso de tiempo de acusadas características diferenciales, es lo que debe entenderse por «historia social de la lengua».

deración estructural de los sistemas fonológicos, en algún caso con algunas precisiones cronológicas, y nunca trasladando el problema lingüístico a unas circunstancias concretas historicosociales. Por otra parte, la historia de una lengua es algo más que la historia de la organización y desorganización de los sistemas fonológicos en lucha que se integran en un diasistema resultante de la eliminación de las concurrencias lingüísticosociales en litigio y que lleva a la estandarización. Este hacerse y deshacerse afecta al complejo total de la lengua, y nunca se produce por la acción de un solo factor, como ya lo puso de manifiesto Togeby en 1957, con un artículo en que ya se anticipan muy en embrión algunos de los puntos de vista de Várvaro⁴³.

Hay que admitir que es más fácil, porque está más estudiado y porque se trata de organizaciones reducidas, trabajar con fonemas que hacerlo con formas, con léxico o con estructuras sintácticas. Pero de todos modos, lo que debe de procurarse al hacer la historia de una lengua, se empiece por la fonología o no, es explicar la evolución interna de la estructura total —que tiene también sus causas de carácter sistemático— en íntima relación con las circunstancias externas concretas culturales, políticas, económicas, etc., superando el terreno de la simple formulación de principios. Empezamos diciendo que vamos a explicar la evolución de una lengua en términos sociolingüísticos, pero después no vamos más allá de la explicación estructural de la misma⁴⁴ y nunca se ve el nexo social o cultural concreto que ha condicionado el proceso. A nadie se le oculta que ésta es una tarea ardua y que exige muy variados conocimientos además de los lingüísticos, y que no puede realizarse sin una previa preparación de trabajos monográficos, pero, a mi parecer, éste es el único camino que hay que seguir para que la rúbrica de 'historia de una lengua'

⁴³ Knud Togeby, «Désorganisation et réorganisation dans l'histoire des langues romanes», en *Miscelánea Homenaje a André Martinet*, 1957, I, págs. 275-287.

⁴⁴ Cuando se habla de «historia estructural» se está pensando en 'lingüística diacrónica estructural' sin referencia a un tiempo determinado, es decir, *historia* se concibe en términos de formalización acrónica de la evolución, lo que no deja de ser una actitud contradictoria, pues excluye la consideración del medio social y de las circunstancias espaciotemporales en que la evolución tiene lugar.

Dentro de este contexto mental creo que hay que entender las siguientes palabras de Diego Catalán: «el estructuralismo diacrónico [...] debe dar nacimiento a una «historia estructural» de las lenguas, absorbiendo toda otra posible lingüística histórica» («Dialectología y estructuralismo diacrónico», en *Miscelánea Homenaje a André Martinet*, 1962, III, pág. 80).

corresponda realmente a la realidad que la lengua es: un sistema de comunicación que vive en una sociedad determinada, condicionada por unas circunstancias de espacio y de tiempo. No obstante, y por lo que toca al español, ya se han tratado algunos problemas de su historia cuya génesis se ha puesto en íntima relación con avatares sociales concretos de tipo cultural, de tipo político, de tipo religioso, o de otra cualquier naturaleza; y no sólo, como es bien sabido, en el ámbito del léxico, sino también en el de la sintaxis, en el de la morfología y en el de la fonética.

Evidentemente, lo mismo ha ocurrido en otros dominios lingüísticos románicos y no románicos, pero todavía no disponemos de una visión de conjunto de la historia de una lengua que responda a estas exigencias. Limitándonos al español y a lo impreso en España, para evitar cualquier tipo de sorpresa informativa, las obras modernas cuya historia pretenden ofrecer (y me refiero concretamente a las de Oliver Asín, Lapesa, Quilis y Alvar-Pottier), con sus diferencias de rigor científico, pero con valor de documento desde el punto de vista metodológico, dentro de sus límites y finalidades, son casi exclusivamente la historia de nuestra lengua literaria. En el prólogo de la primera edición de la *Historia de la lengua española* (1938) de Oliver Asín, dirigida «a los jóvenes estudiantes, a fin de iniciarles en el conocimiento científico de nuestra lengua», se declara que

Este ensayo va dividido en tres partes. En la primera intento dibujar las líneas generales de la historia de nuestra lengua, preocupándome sobre todo de encuadrar los fenómenos lingüísticos dentro de la historia política y cultural, y documentándolos singularmente con las reliquias que en la onomástica y en la nomenclatura geográfica de España han dejado aquéllos⁴⁵.

Pero ¿qué se entiende aquí por política y por cultura? Por política, la periodización de la historia de nuestra lengua en función de los reinados en cuyo tiempo tuvo lugar algún acontecimiento lingüístico o literario importante; por cultura, lo que siempre se ha entendido en Europa por ello: manifestación literaria o intelectual escrita. Y

⁴⁵ Jaime Oliver Asín, *Historia de la lengua española*, Madrid, 4.^a ed., 1940, página 7. Los otros manuales son éstos: Rafael Lapesa, *Historia de la lengua española*, Madrid, 1942 (hasta ahora se han publicado cuatro ediciones —1942, 1950, 1955, 1959—; de la cuarta ya han aparecido varias reimpressiones), Antonio Quilis, *Historia de la lengua española I*, Madrid, 1976, y Manuel Alvar-Bernard Pottier, *Historia de la lengua española II. Morfología histórica del español*, Madrid, 1977.

aquí termina toda la relación existente entre historia de la lengua y la del pueblo que la habla. Exactamente lo mismo ocurre con las de los otros dos autores ya mencionados. El mismo D. Ramón, como ha señalado Várvaro, destaca el hecho de que Lapesa haya «ensanchado el estudio lingüístico con el de los principales estilos literarios» (Prólogo, 1942). En resumen, el enfoque de las historias del español, por moverse casi exclusivamente en el nivel artístico de la lengua, es elitista y aristocrático. Podemos decir que con estas obras se nos entrega la historia de la lengua literaria (lo que no es poco), la de una lengua cuyos registros, por su artificio y por su normativa especial, está bastante alejada de otras manifestaciones de la lengua escrita. Lo que no deja de ser una evidente mutilación de la manifestación total escrita de una lengua.

Hay, por lo tanto, que aspirar a escribir la historia social de la lengua en la que merezca parigual tratamiento al de la lengua de las corrientes literarias, la de las corrientes políticas, religiosas, científicas, filosóficas, jurídico-administrativas, etc.; es necesario tener en cuenta desde las actas de Cortes, pasando por los fueros, hasta las escrituras de dote; desde las ordenanzas municipales a los ordenamientos portuarios; desde los tratados de economía política hasta los de teoría sindicalista; desde los sermonarios a las constituciones políticas; sin olvidar los trabajos de medicina, veterinaria, cinegética, agricultura, arquitectura, albañilería, y otras mil manifestaciones que pueden ayudar a trazar la verdadera historia social de una lengua. Así concebida, «se opone la historia del idioma, como disciplina social y humanística, a la lingüística diacrónica, que raya en lo algebraico»⁴⁶.

El proyecto es ambicioso y su realización no está exenta de grandísimas dificultades, sobre todo si intentamos la búsqueda de la causa social concreta del cambio lingüístico, porque como ya advirtió Alf Sommerfelt

Bien qu'il semble évident qu'il faut chercher les causes des changements phonologiques, comme celles de tous les changements linguistiques, dans la société, nous ne connaissons que rarement les faits précis qui nous permettent de tenter une explication⁴⁷.

⁴⁶ Yakov Malkiel, «Los interfijos hispánicos. Problemas de lingüística histórica y estructural», en *Miscelánea Homenaje a André Martinet*, 1958, II, páginas 186-187.

⁴⁷ Alf Sommerfelt, «Le point de vue historique en linguistique», *AL* 5, 1945-1949, pág. 123.

III. LA HISTORIA Y LA METODOLOGÍA LINGÜÍSTICA

No quisiera terminar estas reflexiones sin dedicar un último apartado a la consideración de uno de los problemas que desde hace algún tiempo está en candelerero en el estudio de las relaciones entre Lingüística e Historia: la ayuda que la aplicación de la metodología lingüística, especialmente la estructuralista, puede prestar en el campo de la investigación histórica.

Escribió Ortega en el año 1923, en el prólogo a la traducción al español de un libro «pieno di qualità negative», como por carta dijo Vossler a Croce, refiriéndose a *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler⁴⁸, que los hechos son la «piel de la historia»⁴⁹. En efecto, en el estudio del pasado del hombre lo verdaderamente importante no son los hechos, sino el entramado de los mismos y de las causas que condicionaron su aparición. Los hechos históricos por sí mismos dicen muy poco, sea cual sea su naturaleza; por ejemplo, los hechos lingüísticos: aislados, en sí mismos, son meros puntos de referencia. Por lo tanto, los hechos históricos no pueden ser tratados como realidades naturales, susceptibles de definición y clasificación de acuerdo con su consistencia, que es una de las maneras de manifestar el conocimiento científico que de la naturaleza tiene el hombre; por el contrario, «conocer un hecho histórico no es atribuirle ser una u otra cosa y nada más, sino construirlo en un conjunto de relaciones»⁵⁰, es decir, concebirlo como elemento integrante de una estructura dinámica en la cual los principios de interdependencia y solidaridad gobiernan la apariencia versátil del hecho mismo. Así, pues, su naturaleza y su valor —igual que sucede en los sistemas lingüísticos— se conocen en función de los demás hechos que constituyen la totalidad del sistema, de acuerdo con la posición que ocupa en el seno de alguna de las correlaciones que integran la estructura del mismo.

Evidentemente, así concebido el conocimiento y el mismo acontecer histórico, no puede negarse que debe mucho al pensamiento y a

⁴⁸ *Carteggio Croce-Vossler. 1899-1949*, Bari, 1951, pág. 238.

⁴⁹ J. Ortega y Gasset, *Obras Completas*, Madrid, 5.ª ed., 1961, VI, pág. 310; Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente*, Madrid, 10.ª ed., 1958, I, pág. 13.

⁵⁰ José Antonio Maravall, *Teoría del saber histórico*, Madrid, 3.ª ed., 1967, página 71.

la metodología estructuralista nacidos con la publicación de las obras de J. Baudouin de Courtenay, de F. de Saussure, de N. S. Trubetzkoy y de L. Hjelmslev. Pero lo cierto es que los historiadores nunca han descendido a una formulación del concepto de estructura y de sistema en los términos que acabo de hacerlo. Lo que no quiere decir que no sea ése el pensamiento subyacente. No obstante, ha habido y hay historiadores para los que el concepto de estructura lingüística dista mucho de ser idéntico del de estructura que ellos propugnan, como veremos inmediatamente. Sin embargo, el problema básico es otro: ¿La estructura está en la realidad o, por el contrario, es un producto intelectual? ¿La estructura se descubre o se inventa? ¿La estructura forma parte del mundo de las «cosas» o es un principio ordenador nacido en la mente? Y es básico, porque de inclinarse por una u otra alternativa, estaremos, pienso, o dentro del campo de la abstracción idealista o en el del materialismo dialéctico, aunque no de manera exclusiva.

1. *El concepto de estructura.*

«La historia es un sistema —el sistema de las experiencias humanas, que forman una cadena inexorable y única», decía Ortega, en 1935, en su ensayo «La historia como sistema»⁵¹. Parece estar claro que aquí la palabra *historia* ha sido utilizada en el sentido de 'ciencia' o de 'actividad científica', de lo contrario no añadiría, a renglón seguido, esta conclusión: «De ahí que nada pueda estar verdaderamente claro en historia mientras no está toda ella clara»; y también parece estarlo que la historia 'ciencia' es sistema en tanto que es reflejo del «sistema de las experiencias humanas». Por lo tanto, para Ortega, el carácter sistemático, estructurado del acontecer humano es una realidad objetiva, concreta, aunque no de naturaleza material, porque, en definitiva, un sistema no es más que el conjunto de relaciones (estructura) que organizan los elementos en un todo. Ahora bien, de la misma manera que existen estructuras «objetivas» también existen estructuras «mentales», es decir, sistemas conceptuales inventados, no descubiertos en el mundo exterior, que sólo pretenden una finalidad didáctica, interpretativa, como en el caso de la lógica hegeliana, en la

⁵¹ OC, VI, pág. 43. Este ensayo apareció primero en versión inglesa (1935) y, posteriormente, en español (1941).

que «cada concepto vale sólo por el hueco que le dejan los demás»⁵².

Y es aquí, en esta idea orteguiana, posiblemente, donde está la raíz del pensamiento de Maravall, respecto de la idea de estructura. Porque, para Maravall, la estructura histórica es una construcción mental; es un concepto histórico, útil «para aprehender y organizar los hechos que investigan»⁵³ las ciencias sociales.

Tal manera de pensar llevaría a creer, por reducción al absurdo, que el acontecer humano, la historia como realidad objetiva, se produce de manera caótica y sin condicionamientos que lo mediaticen. El acontecer sólo sería inteligible una vez inmerso en el cañamazo, en la horma inventada, que la mente prepara para ordenar y relacionar la realidad. Lo que no dejaría de prestarse a ofrecer una intelección arbitraria y, en gran medida, caprichosa de la misma. Es verdad que el principio de causalidad puede servir, en este caso, de árbitro en la organización de los elementos, pero no es suficiente para reducir al mínimo y evitar, en lo posible, la manipulación de los hechos.

Esta actitud idealista contrasta con la defendida por el «realismo» de la dialéctica marxista. Y el mismo Maravall se ocupa de establecer la gran distancia que separa su pensamiento del pensamiento dialéctico: «Pero hay una fundamental diferencia entre lo que el marxismo llama estructura como una condición de la realidad, y lo que nosotros [...] entendemos bajo este mismo término: una construcción mental con la que intentamos captar cognoscitivamente el conjunto histórico que observamos —concepto quizá más próximo al de «modelo» si éste fuera susceptible de acoger un contenido histórico en tanto que tal»⁵⁴.

En efecto, lo que puede inventarse como trasunto intelectual de la estructura es el modelo, concepto metodológico necesario, para representar la organización de los elementos en función de sus mutuas o recíprocas relaciones; porque el concepto de estructura es una realidad objetiva que se encuentra en los mismos hechos y en los mismos conjuntos de hechos; la estructura no se inventa, es la razón de ser de la realidad como tal realidad frente al caos, el capricho o el azar; la estructura está ahí, en las cosas; lo que puede inventarse, repito, es el concepto metodológico de modelo. Por eso, mientras el

⁵² *Ibid.*, pág. 44.

⁵³ J. A. Maravall, *Teoría*, pág. 178.

⁵⁴ *Ibid.*, pág. 178, nota 37 bis.

concepto de estructura es absolutamente operante en el campo de la investigación histórica, apenas lo es el de modelo, y mucho menos el de modelo lingüístico, pues difícilmente se deja reducir la realidad complejísima de la vida social a esquemas que, ya de por sí, violentan la de la lengua misma, de naturaleza muy diversa por la finitud de sus elementos funcionales, perfectamente agrupables en distintos niveles de complejidad, de acuerdo con lo que en cada uno de ellos se considere el rasgo o los rasgos pertinentes.

No dejan de ser aleccionadoras a este respecto las palabras de P. Vilar:

L'histoire est en effet intéressée encore plus par les éléments différentiels que par les éléments communs de l'évolution des structures. Ce sont les «développements inégaux», les décalages, qui, constituant autant de «cas cliniques» à étudier, donnent à l'histoire sa complexité, et dominant les relations de groupe à groupe⁵⁵.

Precisamente, estos desajustes son los que posibilitan la evolución, la transformación de las estructuras, o lo que es lo mismo, la reorganización de los elementos de acuerdo con nuevos tipos de relación. Relaciones y elementos que constituyen la realidad «histórica», y que para el historiador se ofrecen como objetivos que hay que alcanzar. Entre tanto, el pasado nos será absolutamente ininteligible; el pasado del hombre no empieza a entenderse cuando lo encasillamos obedeciendo a tipos de relación previamente establecidos, sino cuando los descubrimos.

Pero no todas las estructuras son genéricamente idénticas, es decir, no hay un género o tipo de estructura cuyas especificaciones dependen de la naturaleza de los elementos, de los tipos de relación y de los rasgos diferenciales que los establecen. Antes bien, puede aceptarse que hay dos grandes tipos de estructura: la significativa y la no significativa. Oigamos a M. Goldman:

Si le concept de structure significative a une importance primordiale dans l'ensemble des sciences historiques et sociales, cette importance est particulièrement renforcée dans le domaine de ces faits culturels que sont les oeuvres philosophiques, littéraires et artistiques caracté-

⁵⁵ P. Vilar, «La notion de structure en histoire», en *Sens et usages du terme structure*, La Haya-París, 2.^a ed., 1972, pág. 119.

risées précisément par la coïncidence non seulement virtuelle mais réelle avec ces structures significatives rigoureusement cohérentes que sont les visions du monde ⁵⁶.

Parece, pues, que estamos autorizados a pensar que la estructura lingüística, p. ej., no es una estructura significativa, ya que en ningún nivel de la misma (fonológico, morfológico, sintáctico, etc.) se da coincidencia, ni virtual ni real, entre ella misma y la visión del mundo que tengamos. Otra cosa es que a través de una lengua, como dijo Humboldt, pueda darse la visión genérica que del mundo tiene el pueblo que la habla, pero no es menos cierto que cada individuo, y en cada «época» de nuestra historia social, política y económica, puede dar y puede haber dado distinta cosmovisión ⁵⁷. Pero, en todo caso, la visión del mundo no se asienta en las estructuras de elementos mínimos (que solamente tienen valor distintivo), sino en las de los elementos con significación léxica; estructuras cuya coherencia interna y cuyo número de elementos dependen de circunstancias extralingüísticas, y de carácter no sistemático (¿por qué se distingue mayor número de colores en cualquier lengua románica que en galés o lapón? Y sobre todo ¿en función de qué circunstancias se delimitan en estas dos lenguas los ámbitos significativos de cada uno de ellos en relación con los ámbitos de los colores de las lenguas romances?).

Veamos ahora lo que piensan los lingüistas sobre la naturaleza de la estructura. Ahora no vamos a remontarnos a Humboldt, ni siquiera

⁵⁶ M. Goldman, «Le concept de structure significative en histoire de la culture», en *Sens et usages*, pág. 134.

⁵⁷ «Die Sprache ist das bildende Organ des Gedankens. Die intellektuelle Tätigkeit, durchaus geistig, durchaus innerlich und gewissermaßen spurlos vorübergehend, wird durch den Laut in der Rede äußerlich und wahrnehmbar für die Sinne...»

So wundervoll ist in der Sprache die Individualisierung innerhalb der allgemeinen Übereinstimmung, daß man ebenso richtig sagen kann, daß das ganze Menschengeschlecht nur eine Sprache, als daß jeder Mensch eine besondere besitzt» (Wilhelm von Humboldt, *ob. cit.*, CCCCXXXIII).

Vid. a este respecto, por citar dos obras relativamente recientes, el cap. IV «Language and Thought» del libro de Roger Langham Brown, *Wilhelm von Humboldt's Conception of Linguistic Relativity*, La Haya-París, 1967, y el cap. III «Langage, pensée, monde» del de Ole Hansen-Løve, *La révolution copernicienne du langage dans l'oeuvre de Wilhelm von Humboldt*, París, 1972.

Utilísima es la bibliografía comentada de Maria-Elisabeth Conte, «Wilhelm von Humboldt nella linguistica contemporanea. Bibliografia ragionata 1960-1976», en *Wilhelm von Humboldt nella cultura contemporanea*, a cura di Luigi Heilmann, Bolonia, 1976, págs. 281-325.

a Saussure; tampoco a las tesis del Círculo de Praga ni a Trubetzkoy ni a Benveniste, por la sencilla razón de que en todos ellos (salvo en Saussure que nunca utilizó el término *estructura* sino *sistema*, lo que no quiere decir que siempre sean sinónimos) la estructura, el conjunto de relaciones que organizan los elementos en el sistema, la conciben implícitamente como algo interno, dado, existente con la realidad, en función de lo cual existe el sistema⁵⁸.

El único lingüista vivo que yo conozca, y que explícitamente ha formulado sus ideas a este respecto, ha sido A. Martinet. El sabio francés ha sido contundente e inequívoco:

En mi opinión, la estructura se encuentra en los hechos mismos. No es, ella sola, toda la realidad observable, pero está incluida en esa realidad [...]

El modelo es otra cosa. El modelo es, en el sentido en que lo entiendo, lo que realiza el investigador para dar a entender a los demás lo que es la estructura. Puede, pues, haber tantos modelos cuantos investigadores⁵⁹.

Y con esta cita enlazamos con las ideas anteriormente expuestas de Maravall que, por razones que no da y que aplaza, empareja o, al menos, establece similitud entre los conceptos de estructura y modelo⁶⁰. Pero no deja de producir cierta desazón que Maravall tenga motivos fundados para no identificar el concepto de estructura con el conjunto de relaciones que tejen el entramado de los «hechos históricos»⁶¹, sea cual fuere la índole de las mismas. Para Maravall, la

⁵⁸ Emile Benveniste, «Structure en linguistique», en *Sens et usages*, págs. 31-39 (reimpreso en *Problèmes de linguistique générale*, París, 1966, págs. 91-98).

⁵⁹ Estas palabras fueron pronunciadas por André Martinet en una discusión pública organizada por la «Union Rationaliste» celebrada en la Sorbona el día 22 de febrero de 1968 y se encuentran en *Les structures et les hommes*, París, 1968 (hay traducción española: *Las estructuras y los hombres*, Barcelona, 1969, página 12).

En la página 30 del mismo libro, dice François Bresson: «El modelo, pues, está exclusivamente en el pensamiento del científico, y nunca en las cosas».

⁶⁰ Maravall anuncia ocuparse del concepto marxista de estructura, para señalar sus discrepancias con el mismo, en el libro *El problema de la historia social* (Teoría, pág. 178, n. 37 bis).

⁶¹ No es este el lugar de discutir, ni siquiera brevemente, el concepto de «hecho histórico»; de momento, creo que bastará con hacer unas mínimas referencias bibliográficas, de muy distinta orientación: Henri-Irenée Marrou, «Comment comprendre le métier d'historien», en *L'Histoire et ses méthodes. Encyclopédie de la Pléiade* [París], 1973, págs. 1494-1500; J. A. Maravall, *Teoría*, págs. 73-

«compleja red de relaciones» que entre los hechos se da se organiza y «cobra sentido» en la «figura» que es la estructura histórica⁶².

A su vez, los «hechos históricos» tampoco son realidades objetivas amorfas, sino estructuras cuya coherencia más profunda se aprehende cuando se contempla en el marco de las macroestructuras sociales particulares —corrientes pictóricas, literarias, filosóficas, etc. del momento— o generales —tipo de sociedad, de forma de Estado, modo de organización del trabajo, etc.

Considerada, pues, la coincidencia, explícita o implícita, de lingüistas e historiadores —al menos, de gran parte de estos últimos— en lo que concierne a la naturaleza real y objetiva de la estructura, todavía nos queda, por plantear, solamente, otro problema teórico de interés: ¿cuál es el principio que regula la dinámica de la estructura de los hechos históricos?

Albert Soboul, en su intervención en la segunda discusión pública celebrada en la Sorbona, el 23 de febrero del 68, sobre el concepto de estructura, afirmó categóricamente que el de contradicción.

Albert Soboul, al intentar establecer las diferencias que, a mi juicio, existen entre el concepto de estructura defendido por los «estructuralistas» y el que de la misma tienen los historiadores, hace unas afirmaciones algo gratuitas que muy brevemente Martinet se encarga de desmontar. Digamos, por nuestra parte, que la idea que del estructuralismo lingüístico tenía Soboul en 1968 no estaba a la altura de los tiempos: ya entonces resultaba anticuada y simplista. Afirmar que la noción de invariancia y el principio de complementaridad son los que, respectivamente, soportan el análisis estructuralista y regulan el funcionamiento de la estructura, frente a las nociones de movimiento y contradicción que fundamentan, respectivamente también, el análisis histórico y la transformación de las estructuras sociales, me pa-

99; E. H. Carr, *¿Qué es la historia?*, Barcelona, 5.ª ed., 1973, págs. 14-27; Jerzy Topolsky, *Metodologia della ricerca storica*, Bolonia, 1975, págs. 255-277.

⁶² *Ibid.*, pág. 188. Según F. Braudel «para nosotros, los historiadores, una estructura es indudablemente un ensamblaje, una arquitectura; pero, más aún, una realidad que el tiempo tarda enormemente en desgastar y en transportar. Ciertas estructuras están dotadas de tan larga vida que se convierten en elementos estables de una infinidad de generaciones: obstruyen la historia, la entorpecen y, por tanto, determinan su transcurrir. Otras, por el contrario, se desintegran más rápidamente» («La larga duración», en *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, 4.ª ed., 1979, pág. 70. El original francés es de 1958). Vid. *infra*, nota 80.

rece que no es riguroso. Y no es riguroso, no por lo que a la historia se refiere, sino por lo que se refiere al estructuralismo lingüístico: 1.º) Las relaciones estructurales dentro del sistema lingüístico no son estables, o lo son en la misma medida que las de una estructura social: la estabilidad estará en función de la duración: las relaciones que ligaban los elementos lingüísticos del castellano el siglo XIII son bastante distintas de las que ligaban los elementos del español del XVI; entre otras cosas, porque ni los elementos ni el número de los mismos era idéntico —y, naturalmente, no estoy pensando en el léxico, sino en las unidades básicas mínimas fonológicas y morfológicas, y en las relaciones sintagmáticas que en cada caso contraen. Lo que ocurre, como muy bien señala Martinet, es que las transformaciones que ocurren en el seno de la estructura lingüística son lentas y, a veces, casi imperceptibles, añadiríamos, recordando el concepto de latencia, tal como fue expuesto por D. Ramón, hace muchos años; por lo tanto, las líneas maestras de la estructura lingüística parecen invariables —consideradas en pequeños períodos de tiempo— por su lentitud evolutiva —lo que garantiza por otra parte el que distintas generaciones coexistentes puedan entenderse, aparentemente en la misma lengua. De ahí el espejismo; de ahí la afirmación de Soboul. Pero lo que debe de quedar claro es que la estructura lingüística nada tiene que ver con las estructuras estables de la técnica o de la naturaleza; 2.º) De la misma manera que el origen del movimiento de las estructuras sociales está en el seno de las mismas, también lo está en el de las lingüísticas. El estructuralismo funcionalista defiende como base del movimiento lingüístico interno la existencia de antinomias (Martinet) y de tensiones, añadiría, resultantes de la asimetría del sistema, causa, como dijimos antes, del equilibrio inestable de la estructura. Lo que no excluye que, causas extralingüísticas o contactos de estructuras lingüísticas diferentes (situaciones de bilingüismo) dinamicen o desaceleren el proceso, la transformación. Si hay un estructuralismo que niega, por principio, la capacidad de dinamismo interno de las estructuras lingüísticas, estaría negándole al producto social perfecto, flexible y dócil por antonomasia, la característica genética común de toda institución humana; 3.º) El concepto de complementaridad aducido por Soboul está, cuando menos, utilizado de manera imprecisa:

Para ese análisis [estructuralista] hay, en cierto modo, no contradicciones, sino oposiciones que son a la vez complementarias e inmóviles,

mientras que para el análisis histórico todo es movimiento y contradicción, más que complementariedad ⁶³.

a) ¿En qué sentido técnico utiliza *complementariedad*: en el del estructuralista Hjelmslev o en el del físico Niels Bohr?; b) ¿Qué son complementarios para Soboul, las oposiciones entre sí o los elementos que integran cada una de ellas?

a) Para Bohr, la realidad física corpuscular no es versátil por naturaleza, sino que se nos presenta a la observación en función del contexto en que esté integrada; o lo que es lo mismo, las unidades físicas se manifiestan de acuerdo con la naturaleza de los tipos de relación que organicen el sistema en que se insertan.

Maravall se ha hecho eco de este principio y lo ha aplicado en la valoración de los hechos históricos, lo que le permite ver el feudalismo «como un proceso de descomposición o [...] como un medio de mantenimiento de la unidad», por ejemplo ⁶⁴. También Jakobson ha hecho referencia a este principio para explicar el proceso de la comunicación, según que se considere desde el punto de vista del que habla o del que escucha:

Il y a sans aucun doute *feedback* entre la parole et l'écoute, mais la hiérarchie des deux processus s'inverse quand on passe de l'encodeur au décodeur. Ces deux aspects distincts du langage sont irréductibles l'un à l'autre; tous deux sont également essentiels et doivent être regardés comme complémentaire, au sens où Niels Bohr emploie ce terme ⁶⁵.

b) Si Soboul entiende complementaridad con la significación hjelmsleviana, hay que decir que no se ha expresado bien, pues la dependencia que Hjelmslev define con ese nombre se establece «entre dos términos del sistema». Pero, además, y por si fuera poco, en el sistema también se dan las dependencias de especificación y de autonomía ⁶⁶. Respecto de que las oposiciones son inmóviles, no se me alcanza con claridad lo que ha querido decir.

Así, pues, las diferencias radicales que Soboul da como existentes entre las estructuras lingüísticas y las históricas arrancan —aparte de

⁶³ *Las estructuras y los hombres*, pág. 122.

⁶⁴ J. A. Maravall, *Teoría*, pág. 68.

⁶⁵ Roman Jakobson, «Linguistique et théorie de la communication», en *Essais de linguistique générale*, París, 1963, pág. 94.

⁶⁶ E. Alarcos Llorach, *Gramática estructural*, Madrid, 1979, pág. 29.

su conocimiento de otros «estructuralismos» distintos del lingüístico— de la concepción primaria de la idea de estructura como correlato antitético o antinomia de movimiento. Entre otras cosas, porque «el autodinamismo de las estructuras es negado por el análisis estructuralista. Y ello no por el principio de prioridad de lo sincrónico respecto de lo diacrónico, sino sobre todo por la separación de los dos puntos de vista» (el espaciado es mío)⁶⁷. Se trata, en definitiva, de asociar la idea de estructura con la de sincronía, y ésta con la de estatismo. La conclusión, inevitablemente, se impone⁶⁸.

Y, sin embargo, por lo que a la naturaleza de las estructuras históricas se refiere, Soboul ha señalado la diferencia radical que parece haber entre ellas y las estructuras lingüísticas: estas últimas no son concebibles como entidades dialécticas, mientras que las históricas sí, lo que conlleva admitir la existencia de la contradicción como principio dinámico que permite explicar el paso de una estructura a otra.

⁶⁷ En el tiempo en que Soboul pronunció estas palabras semejante punto de vista estaba más que superado. Ya en 1931 publicó W. v. Wartburg su trabajo «Das ineinandergreifen von deskriptiver und historischer Sprachwissenschaft», *Bericht über die Verh. der Sächs. Akad. der Wiss. zu Leipzig, Phil.-hist. Klasse*, 83, 1, 1931, págs. 1-23; años después publicó sus «Betrachtungen über das Verhältnis von historischer und deskriptiver Sprachwissenschaft», en *Mélanges de linguistique offerts a Charles Bally*, Ginebra, 1939, págs. 3-18 [Slatkine Reprints, Ginebra, 1972], recogido posteriormente en *Von Sprache und Mensch*, Berna, 1959, págs. 159-165; finalmente, en 1943 publicó la primera edición de la *Einführung in Problematik und Methodik der Sprachwissenschaft*, Halle, en uno de cuyos párrafos iniciales, punto 4. «Synchronie und Diachronie», trata brevemente el mismo asunto (la segunda edición mejorada y ampliada es de 1962, Tubinga; hay traducción española, 1952, francesa, 1946; 1963, 1969 e italiana, 1971).

No obstante, conviene ver los estudios de E. Coseriu, *Sincronía, diacronía e historia. El problema del cambio lingüístico*, Madrid, 2.ª ed., 1973, págs. 238-283, y de Tullio de Mauro en su edición italiana de F. de Saussure, *Corso de linguistica generale*. Introduzione, traduzione e commento di Tullio de Mauro, Bari, 1967, pág. 421, nota 176, donde se demuestra que la distinción saussuriana no está *in re*, sino que es resultado de la perspectiva desde la cual el investigador considera el objeto; por lo tanto, *sincronía* y *diacronía* son 'puntos de vista'. Por último, Kurt Baldinger, «Diachronie et Synchronie. Plaidoyer pour leur équivalence», *RCan.LR* 1, 1973, págs. 1-7.

⁶⁸ Siguiendo a F. de Saussure, a Hjelmslev y Brøndal *ad pedem litterae*, a sus discípulos y a sus primeros comentaristas, dice Sánchez Ruipérez: «Una lengua, pues, ha de ser considerada como un sistema de signos, cuya realidad es de orden estático» (Martín Sánchez Ruipérez, *Estructura del sistema de aspectos y tiempos del verbo griego antiguo. Análisis funcional sincrónico*, Salamanca, 1954, página 2).

Evidentemente, se trata del concepto marxista de estructura histórica.

Según Jerzy Topolsky, el estructuralismo histórico ha sido incapaz de explicar la transformación de las estructuras, porque las ha concebido como entidades desprovistas de dinamismo interno; a su juicio «dalla statica evolutiva le ricerche entravano nella statica strutturale»⁶⁹. Razón por la cual Soboul, siguiendo muy de cerca la lógica del materialismo dialéctico, establece un concepto de estructura que prácticamente se identifica con la idea de movimiento, a causa de la permanente superación de las contradicciones que están en su base:

In questo modo, l'idea dialettica di superamento dei contrasti come fonte del movimento e dello sviluppo, ha permesso sul piano ontologico il capovolgimento del modello di spiegazione storica, e diede la possibilità di spiegare gli enigmi dello sviluppo⁷⁰.

Esta concepción dinámica de las estructuras lingüísticas e históricas —defendida por los lingüistas funcionalistas y por los historiadores marxistas, respectivamente— contrasta con la del estructuralista Greimas, expuesta en sus intentos de aplicación rígida del pensamiento lingüístico en la investigación histórica.

En 1958, con motivo de la aparición de una obra lexicológica sobre la terminología médica del siglo XVII en Francia⁷¹, se ocupó Greimas de las relaciones metodológicas entre Historia y Lingüística en una nota, cuyas dos primeras partes son las estrictamente críticas desde el punto de vista metodológico.

En esta nota, después de afirmar que la utilización hecha por Marc Bloch de los métodos de investigación de la semántica histórica en la interpretación de los datos lingüísticos en sus estudios del mundo feudal, no representa «le rapprochement méthodologique souhaité»⁷² (porque si la ciencia histórica ha superado el historicismo, paradójicamente, cuando trata de utilizar las técnicas de investigación lingüística, se queda en la lingüística histórica, también superada por el estructuralismo), proclama que «le saussurisme est un modèle

⁶⁹ J. Topolski, *Metodología*, pág. 175.

⁷⁰ *Ibid.*, pág. 241.

⁷¹ B. Quemada, *Introduction à l'étude du vocabulaire médical*, París, Les Belles Lettres, 1955.

⁷² A. J. Greimas, «Histoire et Linguistique», *Annales E. S. C.*, 13, 1958, página 110.

épistémologique, une discipline-pilote pour les autres sciences de l'homme»⁷³. La razón es la siguiente: de la misma manera que en la investigación histórica de carácter «comprensivo», «total» y «sincrónico» no se sale del puro subjetivismo al ofrecer, aunque no sea más que en sus líneas fundamentales, la mentalidad de una época, los gustos y costumbres, por medio de la selección de textos característicos y significativos, la semántica histórica, al elegir las palabras «representativas» de una época, está actuando con idéntica dosis de carga subjetiva, pues, en uno y en otro caso, el historiador y el lingüista se erigen en los árbitros exclusivos de la representatividad de los textos y de las palabras. Con la aplicación de los principios del estructuralismo saussuriano se evita el atomismo y el sicologismo, y se alcanza a ver, frente a lo típico, lo diferenciador, las «structures de mentalité et les modèles de sensibilité collective»⁷⁴, porque la lengua como sistema simbólico «est ce lieu où se passe l'histoire»⁷⁵. Es decir, según Greimas, el auténtico conocimiento de una época determinada de la historia no sólo implica el estudio de todas y cada una de las estructuras léxicas de los distintos estamentos, profesiones, oficios, relaciones sociales, etc., que en ella se dan, sino que este estudio semanticoestructural es la misma historia.

Hasta ahora, y con la aplicación de la metodología esbozada, sólo obtendríamos «diapositivas» de las estructuras lexicohistóricas. Nos quedaríamos inmersos, por tanto, en la más radical y absoluta sincronía, en la quietud que fija el flash del estructuralismo saussuriano. En una palabra, en el extremo opuesto de lo que es la historia: movimiento, evolución.

Consciente de esta situación, y si no es así, por el simple hecho del cambio que haya podido operarse en sus ideas, el prestigioso estructuralista publicó en 1966 un artículo en el que pretende explicar el modo de evitar el callejón sin salida metodológico en que se quedaron sus reflexiones. El artículo en cuestión⁷⁶, cuyo fundamento teó-

⁷³ *Ibid.*, pág. 111.

⁷⁴ *Ibid.*, pág. 112.

⁷⁵ *Ibid.*, pág. 112.

⁷⁶ A. J. Greimas, «Structure et histoire», en *Du sens. Essais sémiotiques*, París, 1970, págs. 103-115. (La traducción-adaptación al español de este libro carece de seriedad y de rigor científico. El lector es inducido continuamente a considerar ideas y puntos de vista que nunca pasaron por la mente del autor: *En torno al sentido. Ensayos semióticos*, Madrid, Editorial Fragua, 1973).

rico no pasa de ser una mescolanza de generativismo «adaptado», y de estructuralismo «tradicional» (Saussure y Hjelmslev), no resiste el más leve análisis crítico; entre otras cosas, porque esta vez reduce la noción de estructura a la de concepto instrumental, porque olvida que además de las palabras existen los «hechos» que ellas designan —a menos que caigamos en puro verbalismo—, porque no destaca que los modelos de transformación no son más que abstracciones mentales cuya utilización es rentable en la representación de estructuras de sistemas finitos —cosa que no le ocurre al acontecer social— y porque confunde proceso, cambio de estructura, con sustitución de «diapositiva».

Es verdad que la incorporación del concepto de estructura al heramiental utilizado por el historiador en sus investigaciones ha supuesto un avance extraordinario en el camino que la investigación histórica emprendió hasta alcanzar el *status* de ciencia social, pero pretender que el concepto de estructura utilizado por los historiadores tenga que ser el mismo que el establecido por los lingüistas, implica la aceptación previa de que los elementos de la realidad lingüística y de la realidad social pueden crear el mismo tipo de relaciones, máxime cuando se trata del estructuralismo saussuriano.

Pero, lo que es inaceptable, pretender que los cambios de estructuras sociales puedan explicarse por medio de reglas generales de transformación, como si las posibilidades combinatorias de los elementos que conforman los sistemas sociales no fueran infinitamente más imprevisibles y desconcertantes que las de los elementos de los sistemas lingüísticos, parece que va más allá del punto máximo de abstracción metahistórica:

Car une meilleure connaissance des règles générales de transformations structurelles est nécessaire avant qu'on puisse se prononcer avec quelque certitude sur le caractère spécifique des transformations diachroniques⁷.

La diferencia teórica clave entre estos dos artículos de Greimas reside en esto: en el primero, la consideración estructural se movía en la más absoluta atemporalidad y ni siquiera llegó a plantearse el problema del cambio de estructura, del movimiento; en el segundo, se plantea el problema de la transformación de las estructuras —por

⁷ *Ibid.*, pág. 113.

lo tanto, de su «duración» y cambio—, pero no lo hace con el ánimo de buscar las causas que lo desencadenan, sino con el de explicar cómo discurre según unas reglas, unas plantillas que encorsetan el proceso.

Por último, Greimas enfrenta como explicaciones excluyentes del movimiento histórico la reflexión estructuralista y la dialéctica, con el inconveniente la segunda de no presentar «garanties d'irreversibilité suffisantes»⁷⁸. Pero como ya se ha indicado antes, el concepto de estructura dinámica, cuya causa de transformación está en la superación de las antítesis, se encuentra en la base de la concepción dialéctica del cambio.

2. *Las palabras y la mentalidad social.*

El reproche de incoherencia metodológica que Greimas hace a Marc Bloch —podía habérselo hecho también a Lucien Febvre— por haberse quedado anclado en los métodos de la semántica histórica en sus investigaciones lexicológicas, toda vez que la ciencia histórica había superado entonces el historicismo decimonónico, me parece injusto, por improcedente.

Sí se piensa que en 1944, año en que fue fusilado M. Bloch, el estructuralismo lingüístico apenas había salido de sus santuarios; si se piensa que L. Febvre, que muere en 1956, llega hasta a protestar de que se habla demasiado de estructuras, incluso en los *Annales*⁷⁹; si se piensa, por último, que el mismo Greimas, en 1958, metodológicamente no ha salido del estructuralismo saussuriano, me parece que ha ido demasiado lejos en la búsqueda del chivo expiatorio. Además, en el mismo 1958, pocos meses después de la publicación de Greimas, y en la misma revista, apareció el importantísimo trabajo de F. Braudel sobre el concepto de «larga duración» en el que se considera la noción de estructura en tanto que realidad organizadora y organizada⁸⁰; así es que, por lo menos, ocho años antes de que Greimas

⁷⁸ *Ibid.*, pág. 114.

⁷⁹ F. Braudel, «Histoire et sociologie», en Georges Gurvitch, *Traité de sociologie*, París, 1968, I, pág. 90; «Historia y sociología», en *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, 4.ª ed., 1974, pág. 119.

⁸⁰ F. Braudel, «Histoire et sciences sociales: 'la longue durée'», *Annales E. S. C.*, 13, 1958, págs. 725-753; la traducción al esp. está en *La historia y las ciencias sociales*, págs. 60-106.

en su segundo artículo (1966) expresara su deseo de que la ciencia histórica incorporara «parmi ses concepts de base, celui de structure»⁸¹ ya era familiar esta noción entre los buenos historiadores, y, por supuesto, utilizada por algunos mucho antes de 1958 como lo demuestra la actitud de L. Febvre.

En cambio, quien estuvo en condiciones de introducir la metodología del estructuralismo lingüístico en la investigación histórica fue L. Febvre, como muy oportunamente señala Regine Robin, aun disculpándolo de no conocer la obra de Saussure:

Que L. Febvre n'ait pas connu les travaux de Saussure, rien d'étonnante à cela. [...] Qu'il n'ait pas entendu parler, lui qui était inlassablement à l'affût de renouvellements non factices, de l'école de Prague, de Copenhague, de Jakobson et de Benveniste est plus surprenant⁸².

Y, sin embargo, aun cuando a Bloch y a Febvre lo que del quehacer de los lingüistas manifiestamente les interesaba era la semántica histórica, al luchar contra el anacronismo de las nociones —crear, por ejemplo, que *libertad* significó lo mismo en la Roma de los césares que durante la Revolución francesa— y fijar la que en cada tiempo y lugar corresponde a un determinado tipo de sociedad, o establecer el momento y las circunstancias que condicionan y favorecen la aparición o pérdida de una palabra, si no están construyendo una sincronía lingüísticoestructural en su más riguroso sentido, están, por lo menos, dentro de la sociolingüística sincrónica; histórica, también, por supuesto, en tanto que pretenden fijar acepciones a lo largo de la vida del término en relación con las instituciones o con la ideología y estado cultural de cada tiempo, pero sincrónica en tanto que cada corte considerado en la historia de una palabra es una sincronía, es un «tiempo» de la existencia de una palabra. A ver, si no, qué es lo que quieren decir estas palabras de Bloch de su *Apologie pour l'histoire*:

Pour tout résumer d'un mot, le vocabulaire des documents n'est, à sa façon, rien d'autre qu'un témoignage. [...] —mais seulement une fois confronté avec son entourage; réplacé dans l'usage de l'époque, du

⁸¹ A. J. Greimas, «Structure et histoire», pág. 115. La primera edición de este trabajo apareció en *Temps Modernes*, 246, 1966, págs. 815-827.

⁸² Regine Robin, *Histoire et linguistique*, París, 1973, pág. 65.

milieu ou de l'auter; défendu, lorsqu'il a longement survécu, contre le danger toujours présent du contre-sens par anachronisme⁸³.

Ya es casi un tópico citar el elogio que de la ciencia lingüística hizo Bloch cuando censuraba que por un extraño paralogismo se les permitía a los historiadores, hombres que pasan gran parte de su vida estudiando las palabras para poder alcanzar el objeto de su investigación, ignorar «les acquisitions fondamentales de la linguistique»⁸⁴. Pero cuando el gran historiador escribe estas palabras, está pensando casi exclusivamente en las técnicas y en los resultados de la semántica histórica, pues buena prueba de ello son las ciento y pico de páginas que dedica al estudio de dos palabras del léxico institucional de la sociedad feudal, *vassalité* y *fief*, en su magistral obra *La société féodal*⁸⁵, y una parte importante de su *Apologie*, en la que, por vía de ejemplo, rara es la página que no ofrece alguna consideración semanticohistórica en relación con el asunto, la situación, la sociedad o la época que estudia.

Lucien Febvre, el «alter ego» de Bloch —en la misma medida que Bloch lo era de Febvre—, el amigo mayor, generoso y apasionado, combatió con la misma fuerza y entusiasmo que éste —y a veces con dureza crítica— en la vanguardia de sus nuevas doctrinas sobre la historia; en defensa de lo que ellos creían que era la auténtica investigación en este terreno, y en el trazado de la imagen del nuevo historiador, uno de cuyos saberes tenía que ser el de la semántica histórica.

Febvre, igual que Bloch, tiene una concepción interdisciplinar de la investigación histórica, por lo tanto estima necesaria la colaboración de geógrafos, sociólogos, psicólogos, lingüistas (dialectólogos, semasiólogos, filólogos, etc.), pero, sobre todo, de los lingüistas que se dedican al cultivo de los estudios semanticohistóricos. Esta preferencia se deduce de dos hechos: 1.º) porque explícitamente recomienda la colaboración de «ces 'sémantistes' qui, en nous restituant l'histoire de mots particulièrement lourds de sens, écrivent du même coup des chapitres précis d'histoire des idées»⁸⁶; y 2.º) porque él mismo prac-

⁸³ Marc Bloch, *Apologie pour l'histoire*, París, 7.ª ed., 1974, pág. 138.

⁸⁴ *Ibid.*, pág. 66.

⁸⁵ Marc Bloch, *La société féodal*, París, 6.ª ed., 1970, págs. 209-334 (la primera edición data de 1939).

⁸⁶ Apud R. Robin, pág. 64.

tica este tipo de investigación en la búsqueda del sentido de las palabras: recuérdese como ejemplo brillante su trabajo sobre *Civilisation. Le mot et l'idée*, cuyo contenido ha sido enriquecido breve y eruditamente por Benveniste en un estudio bastante posterior⁸⁷.

Y puesto que la lengua es el mejor camino de acceso al pensamiento, a la mentalidad social, nada más importante que conocer el sentido de las palabras en todas y cada una de las etapas de la vida de las mismas —principalmente, en el caso de las palabras que designan instituciones administrativas, políticas, religiosas, etc. Así se evita el anacronismo semántico, el espejismo que hace ver lo que en un tiempo y lugar determinado no existe. Consecuente con este principio, pregunta Febvre en una reseña memorable de dos libros —de Benda y Seignobos, respectivamente— dirigiéndose al primero:

Usted escribe *nación*. Pero ¿qué significa nación?, ¿de cuándo data la palabra?, ¿qué sinónimos la han acompañado?, ¿cómo distinguir entre ellos? Y ante todo ¿qué realidades han ido acumulando los franceses sucesivamente detrás de esas palabras?⁸⁸.

Seguidor y cimentador de la semilla metodológica echada por Febvre y Bloch, su discípulo Georges Duby proclama que Febvre estableció las grandes líneas directrices de la historia de las mentalidades, cuyo trazado se evidencia en el estudio de la psicología de la sensibilidad social⁸⁹. Pero cuando la investigación se centra en un período de tiempo de amplitud media («media duración»), aparece como colaborador indispensable, en esta tarea de establecer la manera de pensar de un determinado grupo o de una determinada sociedad, «le précieux témoignage du langage, dont les transformations sont liées à celles des mentalités»⁹⁰. Evidentemente, el aspecto lingüístico más ligado a las transformaciones de la sociedad, el que mejor la refleja, es el semántico; por tanto, no es de extrañar que, cuando Duby reco-

⁸⁷ L. Febvre, *Civilisation. Le mot et l'idée*, París, 1930, págs. 1-55; E. Benveniste, «Civilisation. Contribution à l'histoire du mot», en *Problèmes de linguistique générale*, París, 1973, págs. 336-345.

⁸⁸ L. Febvre, «Ni historia de tesis ni historia-manual. Entre Benda y Seignobos», en *Combates por la historia*, Barcelona, 3.ª ed., 1974, pág. 129.

⁸⁹ L. Febvre, «Une vue d'ensemble. Histoire et psychologie» y «Comment reconstituer la vie affective d'autre fois? La sensibilité et l'histoire», en *Combats pour l'histoire*, París, 1953, págs. 207-220 y 221-238, respectivamente.

⁹⁰ Georges Duby, «Histoire des mentalités», en *L'histoire et ses méthodes. Encyclopédie de la Pléiade* [París], 1973, pág. 951.

mienda a los historiadores que utilicen los progresos metodológicos de la lingüística, haga especial hincapié en los del campo de la semántica:

utilisant les progres récents de la linguistique, en particulier la notion de *champ sémantique*, de s'attacher non point aux termes isolés, mais aux *groupements*, de repérer les *expressions clés* et ce qui les environne, pour faire apparaître les constellations verbales auxquelles sont attachées les articulations majeures de la psychologie collective⁹¹.

Cualquiera que haya seguido con atención el hilo de esta última parte de mis reflexiones, habrá caído en la cuenta de que hemos hecho un largo camino metodológico, el que encarnado en la obra histórica de Fustel de Coulanges y de Georges Duby, pasando por Febvre y Bloch, es fiel trasunto de la metodología de la investigación semántica que, para nosotros lingüistas, va desde Michel Bréal a Georges Matoré, pasando por Jos Trier. Y porque los historiadores tienen un sentido pragmático de la investigación semántica, sea histórica o sea estructural, no pueden sentirse atraídos por la semántica lingüística estructural en tanto que su finalidad es la determinación de estructuras significativas, dentro de la estructura general de la lengua, por medio de los componentes semánticos, sino en tanto y en cuanto las estructuras de significado, por el juego mismo de las oposiciones que integran un campo, reflejan la mentalidad de la sociedad que las organiza. Idea que, por lo demás, aunque formulada en términos muy distintos, subyace en estas palabras del nunca envejecido Bréal:

Comme ces coquilles qui jonchent le bord de la mer, débris d'animaux qui ont vécu, les uns hier, les autres il y a des siècles, les langues sont remplies de la dépouille d'idees modernes ou anciennes, les unes encore vivants, les autres depuis longtemps oubliées⁹².

En esta línea metodológica y de pensamiento histórico, se mueve gran parte de la obra de Maravall. Él mismo nos ha dicho en un libro extraordinario de saber y de agudeza que

No tenemos inconveniente en admitir que nuestra investigación se ha desenvuelto preferentemente en el terreno de la que muchos llaman

⁹¹ *Ibid.*, pág. 953.

⁹² Michel Bréal, *Essai de sémantique. Science des significations*, París, 1924, página 291 [Slatkine Reprints, Ginebra, 1976].

hoy «Historia de las mentalidades»: es una historia social de la mentalidad española [...] durante los dos primeros siglos modernos⁹³.

Y en este mismo libro, para no desmentir su filiación, y con el acierto de los mejores, incrusta consideraciones semanticohistóricas del mayor interés en su intento —no fallido— de captación de la mentalidad política de los siglos que considera: tales son las páginas dedicadas al estudio de los conceptos de *patria* y de *nación*⁹⁴. Pero donde su preocupación por el sentido de las palabras en cada tiempo y lugar tiene mayor brillantez erudita y solidez de análisis es en su artículo sobre la palabra *estadista* y en su libro sobre el significado medieval del concepto *España*⁹⁵.

Quizá sea en la obra de Alphonse Dupront⁹⁶ donde la defensa y aplicación de la metodología lingüística estructural alcance sus cotas máximas en el campo de la investigación histórica. Según él, y aunque pueda sonar a paradoja, cuando la lingüística dejó de ser histórica para «devenir linguistique générale» fue el momento en que «la linguistique contemporaine rend le plus service à la réflexion historique»⁹⁷, porque como ya recordó Benveniste, a quien cita y sigue Dupront, «le temps n'est pas le facteur de l'évolution; il n'en est que le cadre»⁹⁸. Por eso, puede parecer paradójico también, a mi juicio, que, después de rechazar la lingüística histórica⁹⁹ y de aceptar el estructuralismo como modelo metodológico, defienda, no ya el derecho a la existencia, sino la existencia misma de la semántica histórica:

⁹³ J. A. Maravall, *Estado moderno y mentalidad social (Siglos XV al XVII)*, Madrid, 1972, I, pág. 6.

⁹⁴ *Ibid.*, págs. 461-473.

⁹⁵ J. A. Maravall, «La cuestión del maquiavelismo y el significado de la voz *estadista*», en *Estudios de historia del pensamiento español. Siglo XVII*, Madrid, 1975, págs. 109-123; *El concepto de España en la Edad Media*, Madrid, 2.ª ed., 1964. Otro estudio de carácter historicolingüístico, importante sobre todo por la aportación de datos, es «Notas sobre el origen de *español*», en *Studia Hispanica in honorem R. Lapesa*, Madrid, 2.ª ed., 1974, II, págs. 343-354.

⁹⁶ R. Robins, págs. 64-75.

⁹⁷ A. Dupront, «Langage et histoire», en *XIII Congrès International des sciences historiques*, Moscú, 1970, pág. 20.

⁹⁸ *Ibid.*, pág. 20; E. Benveniste, «Tendances récentes en linguistique générale», en *Problèmes de linguistique générale*, París, 1966, pág. 5.

⁹⁹ Hay que suponer que se refiere a la «lingüística histórica» tal y como se practica, siguiendo el modelo neogramático decimonónico, enmarcada en una serie de problemas de «origen» que hoy pueden no interesar a un historiador de la sociedad o de la cultura.

Certains linguistes éminents et doctrinaires refusent en effet volontiers droit d'exister à la sémantique historique. Je tenterai donc de vous présenter comment les historiens sans doctrine et ingenus découvrent l'existence nécessaire de cette non-existence¹⁰⁰.

Creo, no obstante, que no se trata de ninguna paradoja. Y, mucho menos, de practicar los métodos de investigación semanticohistóricos de M. Bréal, lo que no le impide reconocer que

Telle que l'a «inventée» Michel Bréal, la sémantique est proprement recherche du sens: c'est-à-dire lumière de ce que le signe exprime¹⁰¹,

porque una cosa es el «objeto» de una disciplina y otra su metodología. Pero hay otra razón que, por obvia, hoy puede parecer trivial: no hay incompatibilidad de ninguna clase entre «historia» y «estructura»: toda etapa del pasado social o lingüístico está integrada por elementos estructurados, relacionados en función de tensiones que producen el dinamismo del sistema. No se trata, pues, de estudiar la evolución significativa de una palabra aislada desde que se incorpora a la organización mental de una sociedad hasta que se olvida, sino de determinar cada uno de sus significados —sucesivos y simultáneos— en relación con los de las demás palabras del campo lexicológico elegido en la etapa que se quiere considerar. Sin embargo, incorporación a la organización mental no significa lo mismo que primera datación, porque ello no implica que en ese momento se produzca, o ya se haya producido, la «réception dans le communication du collectif où elle apparaît»¹⁰². Puede implicarlo en el caso de los nombres de las cosas de la vida material, pero no en el campo de la esfera institucional, de las relaciones sociales, del comportamiento, del pensamiento moral y de la ideología, etc. Y, en cualquier caso, el historiador —no lingüista— necesita conocer el «contexte de *naissance*, pour une première fixation du sens»¹⁰³. Es necesario saber qué estrato social, quiénes y durante cuánto tiempo han utilizado los significados de las palabras cuyo estudio nos parezca clave. Naturalmente, importa conocer las acepciones nuevas o antiguas de una palabra en un momento

¹⁰⁰ A. Dupront, «Sémantique historique et histoire», *Cahiers de Lexicologie*, 14, 1, 1969, pág. 15.

¹⁰¹ *Ibid.*, pág. 16.

¹⁰² A. Dupront, «Langage et histoire», pág. 57.

¹⁰³ *Ibid.*, pág. 57.

dado, pero, como historiadores, nos interesan igualmente «les instruments de communications où elle apparaît, les milieux qui en ont eu besoin et peut-être profiler [...], les motivations d'un choix»¹⁰⁴.

La semántica histórica que propugna Dupront es algo bastante más complejo de lo que estamos acostumbrados a ver y a oír; pero hay que decir que ésta es la más atractiva, la que debemos esforzarnos en construir; la única que ayudada por la cronología y la prospección cuantitativa, puede ser la parcela de la lengua que mejor se ofrece «comme expression d'un mental collectif déterminé»¹⁰⁵. Y que, mucho más allá de cualquier elucubración en búsqueda de simetrías cerradas intemporales y desligadas de la sociedad que presuntamente da pie a ellas, es la más radical manifestación de la lexicología histórica: estudio de la significación en tanto que realidad lingüísticosocial. Y desde el punto de vista científico, «l'étude du vocabulaire apparaît à tous comme le territoire privilégié de la collaboration ou de l'esprit interdisciplinaire»¹⁰⁶ de las ciencias sociales.

De Marc Bloch a Alphonse Dupront, el intento de penetrar en el pasado a través de la lengua se presenta como el esfuerzo más serio y lúcido de conocimiento de las mentalidades y de las ideologías que les dieron sentido.

Que el convencimiento y el calor con que he dicho estas palabras me sirvan de disculpa por haber abusado de la paciencia de ustedes.

JOSÉ MONDÉJAR

¹⁰⁴ *Ibid.*, pág. 60.

¹⁰⁵ *Ibid.*, pág. 2. Aquí solamente se ha esbozado algún aspecto de lo que Dupront entiende por «semántica histórica». El espacio y el tiempo así lo han exigido. Otros trabajos de interés en relación con lo que ahora nos ocupa son éstos: Regine Robin, «Histoire et linguistique: premiers jalons», *Langue Française*, 9, 1971, págs. 47-57; Simone Lecointre et Jean Le Galliot, «Le lexique dans l'histoire: problèmes et perspectives», *Langue française*, 10, 1971, págs. 57-82; Jean-Claude Chevalier, «Langage et histoire», *Langue française*, 15, 1972, págs. 3-17; Pierre Kuentz, «Parole / discours», *ibid.*, págs. 18-28; Denise Maldidier, Claudine Normand, Regine Robin, «Discours et idéologie: quelques bases pour une recherche», *ibid.*, págs. 116-142; J. Guilhaumon, D. Maldidier, A. Prost, R. Robin, *Langage et idéologies. Le discours comme objet de l'histoire*, París, 1974.

¹⁰⁶ Jean Vilar et Alain Milhou, «Compte rendu du séminaire sur 'Critique sociale et pensée économique'», en *Les mentalités dans la péninsule ibérique et en Amérique latine aux XVI^e et XVII^e siècles. Histoire et problématique*, Tours, 1978, pág. 65.